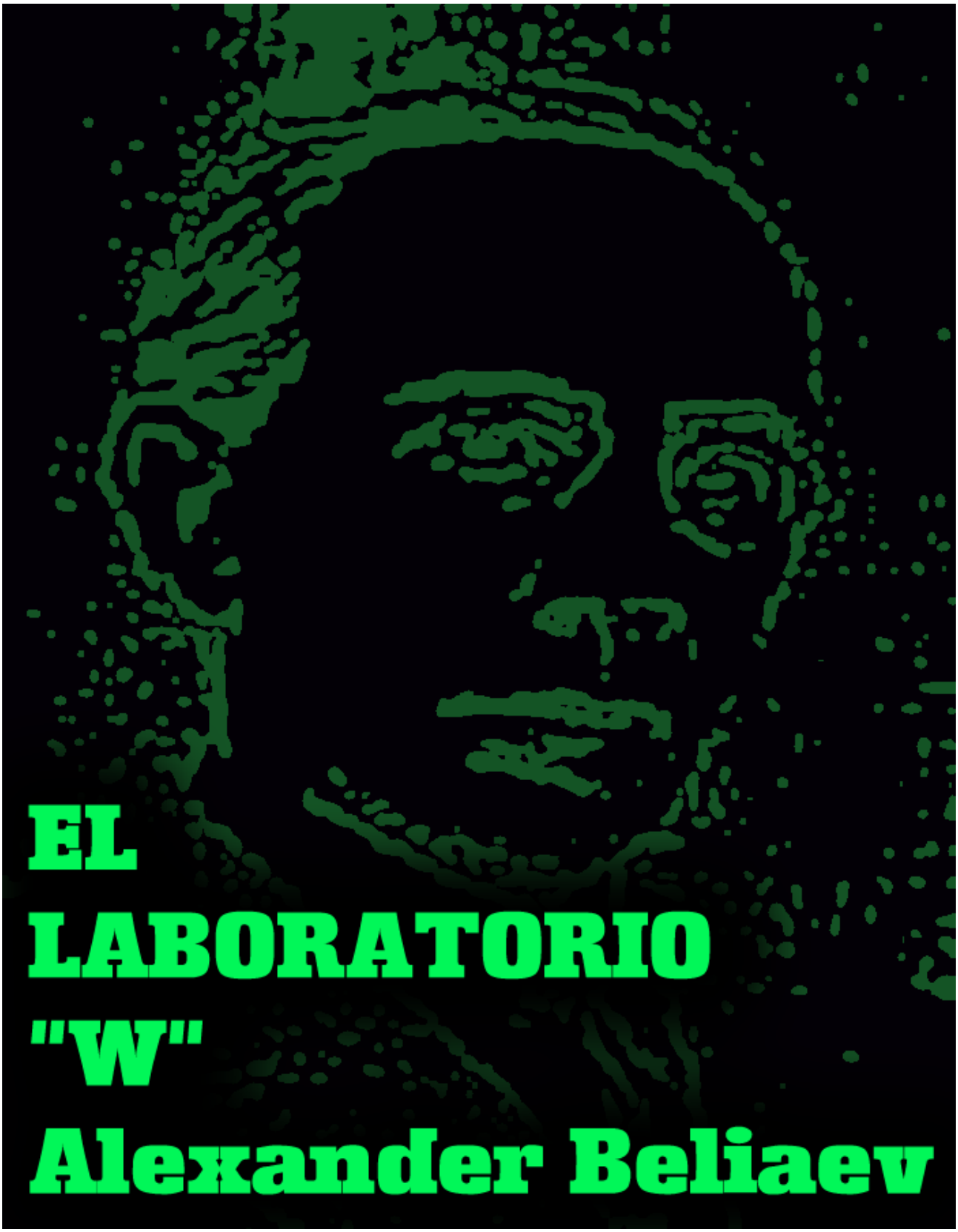
EL LABORATORIO "W"

Alexander Beliaev



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Nina Nikítina entró en el espacioso y fresco vestíbulo. En su umbral terminaba el dominio del clima, de las estaciones del año y de los días. Aunque se desencadenaran sobre Leningrado tormentas de nieve en invierno, o quemara sin compasión el sol veraniego en julio, en el edificio del nuevo Instituto de Medicina Experimental reinaba un clima constante con temperatura y humedad del aire invariables. Después del calor de la calle, el limpio y filtrado aire refrescaba como una brisa marina.

Nikítina miró a su alrededor: el ascensor rápido («La primera parada en el décimo piso»); a la izquierda, la escalera mecánica; en frente, una amplia escalera de mármol. Nina avanzó decidida hacia la escalera. El gabinete de Záytsev se encontraba en el décimo piso, pero ella quería ganar tiempo: pensarlo un poco más antes de dar su respuesta definitiva...

Nina Nikítina era una aspirante, aún no tenía el grado de candidato de ciencias biológicas y hoy debía decidir, hasta cierto punto, su destino: ir a trabajar con Sugúbov o con Lávrov. «Los amigos-rivales», como llamaban a los dos grandes científicos que trabajaban en la misma materia: en el problema «central» de la medicina, el problema de la prolongación de la vida. Pero cada uno tenía su escuela, su orientación... ¡Y cuan diferentes eran sus caracteres!

Nina con placer iría a trabajar con Lávrov, pero su amigo Záytsev le recomienda con insistencia a su jefe Sugúbov.

-Lávrov es un soñador, Sugúbov, en cambio, pisa firme en tierra.

Nina sube despacio, piso tras piso. Observa los largos y luminosos corredores, las puertas gris plateadas con sus letreros: «Departamento de sueros y vacunas», «Departamento de fisiología», «Laboratorio de estudio de radiaciones», «Departamento de microbiología»...

Pasan silenciosas camillas eléctricas con enfermos operados. Figuras cubiertas con batas de blanco níveo.

Llega al décimo piso. En la puerta del gabinete de Záytsev hay un pequeño micrófono.

-Simeón, ¿puedo pasar?

-¿Nina? ¡Pasa, pasa!

El gabinete está a oscuras. Sólo en la amplia mesa ante la cual está sentado Záytsev se iluminan uno tras otro unos cristales mate. A su lado está la enfermera y ante ella una pequeña lámpara que ilumina únicamente una página del cuaderno.

-Ahora mismo termino. Siéntate, Nina.

Záytsev está ocupado en la «visita» de los enfermos de su departamento. En las pequeñas pantallas mate van surgiendo la curva de temperaturas y la presión de la sangre, la imagen de la pulsación del corazón humano y los pulmones en respiración. Al mismo tiempo se oyen los golpes que da el corazón, sus ruidos y asimismo los silbidos pulmonares. Los ingeniosos aparatos permiten ver el movimiento de los vasos, el relieve de la mucosa del estómago, del hígado y de la vesícula biliar, de la medula espinal y del encéfalo...

Rápidamente van pasando los análisis de la sangre, orina, las secreciones de las glándulas. En pocos minutos el organismo humano abre ante el médico sus más recónditos secretos.

Aun siendo poca la experiencia médica de Nikítina, ella comprende perfectamente que en las pequeñas pantallas mate surgen y desaparecen las imágenes de órganos de personas de edad avanzada: viejos, cansados, dilatados corazones y pulmones, vasos sanguíneos escleróticos, próstatas hipertróficas...

Toda una serie de enfermedades originadas por el envejecimiento prematuro, patológico.

-¡Bueno, esto es todo!

Záytsev desconectó con rapidez los aparatos. Las pantallas se apagaron, se abrieron las cortinas metálicas y la luz del sol inundó la habitación. Záytsev dio a la enfermera algunas indicaciones y, sonriendo abiertamente se volvió hacia Nikítina.

-¡Buenos días otra vez, Nina! Siéntate más cerca.

Záytsev y Nikítina eran amigos desde la infancia. Él tiene seis años más que Nikítina. Es alto, delgado, de cabellos negros.

-Bien, ¿qué has decidido? ¿Sugúbov o Lávrov? ¡Sugúbov, claro! ¿No es así?

-Verás...

-¿Pero es que no has decidido aún? ¿Vacilas? ¿Es que vas a empezar de nuevo? Pero mujer...

Entró en el vestíbulo un joven alto de anchas espaldas, con bigote y puntiaguda barbilla. Iba vestido de blanco y usaba sombrero de paja de anchas alas.

El portero le tomó el sombrero.

-Buenos días, Misha. ¿Cuándo iremos a pescar?

-El domingo, Leontiy Samóylovich.

-¿Ha llegado el profesor Lávrov?

-Aún no.

El joven miró su reloj de pulsera.

-Bien. Cuida de que todo esté preparado. Volaremos al lago Chudskoe -dijo al portero y se dirigió al ascensor.

-Buenos días, Leontiy Samóylovich -le saludó un colaborador científico-. ¿Estuvo en el parque en la última olimpíada?

-No, yo ahora todo el tiempo libre lo paso fuera de la ciudad. ¿Y quién venció? ¡No podía ser otro que Samójin! Yo fui quien le indicó su verdadero camino. ¡Antes el chico se distraía con levantamientos de pesas y lanzamiento del disco...! Me fijé en las particularidades de sus piernas, en sus inclinaciones naturales y le dije: «Oiga, camarada Samójin, pero si usted ha sido creado por la Naturaleza para correr y saltar». Me escuchó y, ya ve, de él está surgiendo un campeón mundial.

Sugúbov (pues era él, el célebre profesor) entró en el ascensor, se sentó en una cómoda butaca, apretó un botón y rápido se elevó.

Al mismo tiempo entró en el vestíbulo un nuevo personaje, un animoso y alegre viejete con grandes bigotes. Parecía que todo su rostro se iluminaba por una sonrisa. Sonreían sus ojos azules, sonreían las arrugas alrededor de sus ojos, e incluso sus bigotes. Observando este rostro tostado por el sol el portero sonrió involuntariamente.

-¡Buenos días, camarada Lávrov! -exclamó alegremente.

-¡Buenos días, maestro! -respondió el profesor levantando su ceja derecha-. ¿Cuándo será la revancha?

-El domingo que viene no, el otro, Iván Alexándrovich, si usted está libre -respondió el «maestro».

El portero era uno de los mejores jugadores de ajedrez y a menudo se batía con Lávrov.

-¿Y por qué no el domingo que viene? -preguntó Lávrov.

-Es que iremos a pescar con el profesor Sugúbov.

-¡Y os va a llover, por traicionar al ajedrez!

-La lluvia no nos da miedo, Iván Alexándrovich. Somos gente templada.

-¿Está ya él aquí?

-Llegó.

-Exacto como siempre. A mí me entretuvo en mi camino una jovencita. Había perdido a su mamá. Tuve que llevarla en mi coche. Menos mal que pronto encontramos a su mamita... Bien, ¿entonces el otro domingo en su casa?

Lávrov subió también al décimo piso. Iba por el amplio y luminoso corredor, y todos los que venían a su encuentro empezaban a sonreír desde lejos como si esperaran que de un momento a otro el profesor les haría una de sus acostumbradas bromas.

-Te lo aseguro, Nina, no vas a lamentarlo. Sugúbov no es sólo un gran científico, sino que además es un estupendo pedagogo. Mira, ya hemos llegado...

Záytsev y Nikítina se encontraban ante la puerta del gabinete del profesor Sugúbov. Recibiendo a través del micrófono permiso para entrar, Záytsev abrió la puerta y... Nina se azaró tanto que rápida hizo un movimiento hacia atrás y por poco no echa a correr. Los dos profesores, Sugúbov y Lávrov, estaban en el gabinete discutiendo acaloradamente.

-¡Pero paren ya! ¿De qué se han asustado? -gritó Sugúbov no muy amablemente, disgustado por la interrupción de la discusión en lo más interesante.

-Volveremos otra vez... -intentó salvar la situación diplomáticamente Záytsev, pero Sugúbov insistió en que pasaran.

Záytsev tomó en cuenta la situación y cambió rápido el plan de acción. Nikítina estaba indecisa... ¡Adelante!

-Aproveché el momento en que están ustedes juntos. Quiero que decidan una cuestión. Algo así como el juicio de Salomón. Esta aspirante...

-La he visto, la he visto -interrumpió Sugúbov-. ¿Usted ha estado en mis conferencias? Su apellido...

-Nikítina.

-Pues bien -continuó Záytsev-, Nikítina no llega a decidirse con quién trabajar: con el profesor Lávrov o con el profesor...

-Pero nosotros no podemos decidir por ella -le interrumpió de nuevo Sugúbov-. Y no es conveniente que nosotros rivalicemos. Que escoja al que le parezca mejor.

El rostro de Lávrov, como de costumbre, estaba iluminado por una sonrisa. Fijaba su mirada alternativamente en uno y otro y finalmente dijo:

-¡Leóntiy Samóylovich! Me parece que lo más acertado será precisamente la sentencia de Salomón...

-¿Partir esa criatura en dos? -Sugúbov miró jocoso hacia Nikítina.

-¿Para qué partirla? Que trabaje con usted y conmigo. Digamos, los días pares con usted, los impares conmigo... o por semanas. Cuando ella conozca más a fondo el trabajo de cada uno de nosotros le será más fácil decidirse definitivamente, ¿Le parece bien, camarada Nikítina?

Nina asintió con un movimiento de cabeza.

-¿Pero cómo puede ser, trabajar con usted y conmigo? -objetó Sugúbov-. Usted propone algo inverosímil, Iván Alexándrovich.

-Convenga en que será lo mejor -dijo Záytsev-. Verdaderamente, es la mejor solución: Nikítina saldrá ganando al poder conocer los métodos de las dos escuelas.

Sugúbov abrió los brazos.

-Bueno, que sea así. Acepto la decisión salomónica, pero no garantizo los resultados.

Así, inesperadamente y contra lo acostumbrado, Nikítina empezó a trabajar de ayudante de los dos científicos, de los dos «amigos-rivales».

Sugúbov guiaba él mismo. Nikítina iba a su lado. El pequeño electromóvil gris claro, reluciente como un espejo, se deslizaba sin ruido por la amplia avenida de liso piso con rayas amarillas de diferentes tonos, desde pálido amarillo hasta pardo. Cada zona estaba delimitada por árboles de diferentes especies, tilos, castaños o pinos.

-¡Hermoso! -exclamó Sugúbov. Estaba de un excelente humor-. Miro, remiro y no puedo saciarme de tanta belleza.

El coche de Sugúbov marchaba a velocidad media por la calzada claro amarilla bordeada de tilos. El profesor no tenía prisa, quería respirar el aire fresco de la mañana. Al lado, por la zona más oscura de la avenida de castaños (los jardineros los habían injertado y florecían como fragantes acacias y lilas) corrían más rápidos los coches que tenían más prisa. Por el centro de la calle, por la avenida formada por los pinos, se deslizaban igualmente sin ruido vagones eléctricos de dos pisos con grandes ruedas de enormes neumáticos. En los cruces la circulación no se entorpecía ya que unos pasaban por debajo de túneles y otros por encima. También para pasar de una zona de velocidades a otra se habían construido túneles.

Las casas no estaban una al lado de la otra en continua pared sombría, como en las viejas manzanas de las ciudades antiguas, ellas se elevaban espaciadamente rodeadas de luz, aire y verdor. Las flores cubrían el zócalo de las casas, se abigarraban en las ventanas, balcones, adornaban los salientes de los planos tejados, colgaban de los arcos y rodeaban las columnas.

El sol matinal doraba los níveos tejados de las casas. Los espejos de nuevos canales reflejaban un cielo azul de singular nitidez desacostumbrada en Leningrado. La extraordinaria avenida se perdía a lo lejos elevándose imperceptiblemente hasta las alturas de Pulkovskiy. A pesar del gran movimiento de coches y autobuses el silencio era tal que se podía conversar a media voz.

-¿No lo nota? ¡Pero si huele a tilo! Y en los castaños hay flores de acacia blanca y lilas. ¡Qué no podrá hacer la ciencia! ¡Flores desde la primavera hasta muy entrado el otoño! ¡Y apicultura en el centro de la ciudad!

Verdaderamente, sobre los árboles y jardines se oía el rumor de las abejas en su vuelo. En algunos lugares se veían en el césped colmenas azules y rojas en forma de maquetas de casas de varios pisos de caprichosa arquitectura. La circulación bien regulada no estorbaba a las abejas, y éstas tampoco molestaban a las personas.

-Da alegría pensar que en esta admirable transformación de Leningrado hay parte de tu trabajo -continuó Sugúbov-. Y el extravagante Lávrov se reía de mí, decía que desparramaba mis fuerzas en minucias, que me había convertido en un médico de sanidad. ¡Y aunque así fuera! Declaramos la guerra al humo de las cocinas y de las fábricas. ¡Y ya puede ver los resultados de esta batalla!

Nikítina sabía que Sugúbov había descendido vestido de buzo hasta el fondo de los viejos canales, a fin de llegar hasta allí en su batallar contra la suciedad que había penetrado en los sucios corrales y tubos de canalización, y había viajado por los túneles subterráneos de Leningrado...

Por estos trabajos Sugúbov había sido condecorado con la orden de la Bandera Roja del Trabajo.

-Ahora tenemos todo lo necesario para una vida no sólo feliz sino también de larga duración -continuó Sugúbov-. El problema de la longevidad, de una normal y saludable vejez, está resuelto. Y si a pesar de esto muchos de nosotros morimos antes de tiempo, esto sucede sólo porque nosotros mismos admitimos en el círculo de nuestra vida algo que nos perjudica. Estos males son precisamente los que nosotros, los médicos, debemos anular.

»Por ejemplo, el caso de ayer con Prónina, trabajadora de la fábrica «Síntesis». ¡Una chica joven y de pronto algo que no va en sus pulmones! Parece una intoxicación por gases. Y ahora nosotros vamos a investigar si no ha quedado algo que perjudica a los trabajadores en esta producción donde trabaja Prónina...

El electromóvil llegó al cruce desde donde tenía que girar hacia un lado y Sugúbov dirigió el coche hacia un túnel especial. Y aquí, bajo tierra, la luz parecía natural, solar. El aire era también limpio y templado como en la superficie...

El túnel fue durante algún tiempo en la misma dirección que la pista del exterior.

Nikítina se estremeció: a su encuentro avanzaba un electromóvil... ¡Era imposible evitar el choque! Y... en aquel instante sonrió: en los pasajeros del coche que iba a su encuentro reconoció a Sugúbov y ella misma.

-¡Uf-f, no llego a acostumbrarme a estos espejos en las curvas!

Sugúbov frenó. Pero aunque él se hubiera distraído habría frenado el automático con fotoelemento.

Más allá el túnel se ramificaba. Sugúbov viró a la izquierda y muy pronto el coche se elevó hasta la calle que cruzaba la avenida.

En esta manzana, entre otras casas de original arquitectura, a Nikítina desde hacía mucho tiempo le había llamado la atención un edificio de muchos pisos construido en forma de pirámide escalonada. A cada piso pertenecía una parte del escalón que formaba una gran terraza. Su borde exterior terminaba en una graciosa verja de color plateado, y estaba separado de las parcelas lindantes por espesas paredes de plantas trepaderas. En días lluviosos, en otoño e invierno, estas terrazas-jardín podían cubrirse con un plástico, transparente como el vidrio, que las preservaba admirablemente del frío. Había en ellas además de las flores, arbustos y árboles frutales.

En esta mañana de verano todas las terrazas estaban abiertas y llenas de niños que jugaban armando, al parecer, un gran alboroto. Pero sus gritos no llegaban a la calle ni estorbaban en sus quehaceres a los habitantes de la casa-pirámide. De esto se habían cuidado los científicos acústicos, que habían creado unas ingeniosas cortinas aislantes que absorbían los ruidos.

Nikítina miró por última vez la casa-pirámide. De lejos se parecía a una extraordinaria cascada, las aguas verdes de la cual se derramasen hacia la calle.

-¡Me gustaría vivir en esta casa! -exclamó ella.

Había ya estado en la casa-pirámide a visitar a una amiga que vivía en ella y conocía su original construcción. No eran pocos los problemas que habían tenido que solucionar los arquitectos al proyectar este edificio. Los pisos vivienda sólo ocupaban la superficie de la pirámide. Toda la parte interior estaba destinada a tiendas bazar, cine, club, biblioteca, ambulatorio y farmacia. La excelente iluminación artificial no se diferenciaba en nada a la solar. La perfecta ventilación, conducción de aguas, calefacción y canalización con su singular instalación de tuberías, había dado no pocos quebraderos de cabeza a los constructores. Pero gracias a eso los felices inquilinos de la casa, viviendo en el centro de la ciudad se sentían como en el campo: tomaban baños de sol y aire, o sentados en los sillones de mimbre en algún lugar debajo de un árbol frutal,

tomaban su té con confituras preparadas de su propia cosecha.

-No están nunca contentos -respondió Sugúbov-. ¿No dijo usted que tenía un piso excelente? ¡Pues no, denme otro mejor! ¿Y qué espera entonces? En la avenida de Pulkovskiy se están edificando dos nuevas pirámides. Haga la petición y para noviembre se cumplirá su deseo. Vendré al estreno.

Llegaron a la orilla de granito del río Neva. Los pinos la bordeaban. Por su cauce se deslizaban arriba y abajo, iban y venían los azules «autobuses» del transporte fluvial.

Sugúbov y Nina entraron en uno de los nuevos puentes. Como todos los otros, tenía una cubierta de fuerte plástico transparente en forma semicilíndrica.

Sugúbov frenó la marcha del coche y Nikítina inclinó un poco la cabeza, como si quisiera protegerse de un obstáculo invisible. Y verdaderamente, en este preciso momento ella sintió en los brazos, cabeza, hombros y espalda un ligero golpe térmico, como el chorro de agua caliente en la ducha. Tres veces se repitió esta sensación.

Era que traspasaban las cortinas de aire que evitaban la formación de corrientes de aire en el puente. El chorro caía con bastante presión y, por esto la cortina invisible poseía una considerable elasticidad. Era necesario detener incluso un poco la marcha de los coches a la entrada de los puentes.

-En puentes así -comentó Sugúbov-, es imposible pescar un constipado. Están abrigados y no sopla el viento por ningún sitio a pesar de ser el aire fresco y nítido. Parece una menudencia, pero aún esto aumenta la media de vida de los leningradenses en un pequeño tanto por ciento. Espere, esto no es nada comparado con lo que vamos a... -Sugúbov no terminó la frase al entrar en la zona de cortinas de aire en el otro lado del puente.

Después del puente empezaba la ciudad industrial de la fábrica «Síntesis»: viviendas, tiendas, escuelas, bibliotecas, cines, teatros, incluso un gran teatro de televisión que transmitía las representaciones de los teatros académicos de Moscú y Leningrado.

Las manzanas de viviendas terminaron y el coche continuó su marcha por la misma carretera de excelente asfalto, entró en un verdadero bosque de espeso arbolado. Sopló una fresca brisa con mezclada fragancia de musgo, helechos, pinos y abetos. Se oía el gorjeo de los pájaros del bosque. A la orilla de la misma carretera picoteaban con ahínco los troncos de los árboles los pájaros carpinteros y las ardillas ágiles y despreocupadas saltaban de rama en rama.

Hacía algunos años que el bosque había sido plantado como zona de protección que separaba la ciudad industrial con sus viviendas, de las fábricas con sus chimeneas humeantes. Actualmente las chimeneas habían desaparecido y el bosque era lugar de paseo.

Llegaron al final del bosque. Ante ellos se abrió un amplio campo cubierto de espesos trigales dorados. Tras el se veía una reja de hierro, más allá una arboleda y por encima de las copas de los árboles las enormes vidrieras de la fábrica «Síntesis».

Cuando Sugúbov penetró en la sección que trabajaba Prónina, le recibieron el ingeniero y un representante del comité de trabajadores. Muy pronto llegaron el secretario del comité del partido y el jefe de protección en el trabajo. Sugúbov era para ellos no sólo un crítico severo, sino además un buen consejero.

-¿Otra vez viene a reñirnos, Leontiy Samóylovich? -preguntó el ingeniero.

-¡Qué se le va a hacer! -sonrió Sugúbov-. ¡Con ustedes hay que estar siempre alerta! Vuestra producción es complicada. Acetona, gasolina y anhídrido sulfuroso...

-¡Sea indulgente, Leontiy Samóylovich! -empezó el jefe de protección en el trabajo-. ¡Pero si usted mismo ha lavado y limpiado unas veinte veces nuestro aire! Aquí hay filtros, ciclones, ventiladores... ¡Huela, huela, por favor! ¿Es que huele a algo? Esto no es una sección sino un balneario...

Todos se echaron a reír.

El mismo Sugúbov miró con satisfacción la enorme sección y aspiró profundamente el limpísimo aire. Sí, esto era su ideal: el trabajador en la producción debe respirar aire tan puro como el pastor en las montañas o el pescador en el mar.

Nikítina observaba con interés la enorme sección, como una de las estaciones ferroviarias de la capital. Complicados agregados, alambiques, serpentines, máquinas mezcladoras... El brillante suelo de parquet, verdes arbustos y arbolitos enanos en las ventanas. ¡Pero sin flores! Sugúbov era contrario a las flores: su aroma podía enmascarar la penetración de gases nocivos.

Pero sobre todo atrajo la atención de Nikítina la luz, el silencio y el aire. Allí no llegaban los cegadores rayos del sol directo. Y cuando el sol se escondía tras alguna nube o se ponía en el horizonte, fotoelementos controladores conectaban la iluminación artificial complementaria en dosis exactas para conservar un mismo nivel de la fuerza de la luz. Estructuras especiales absorbían todos los ruidos de la producción.

El profesor Sugúbov murmuró con desconfianza:

-Nuestra nariz es un mal control. Las sustancias nocivas pueden no tener un olor perceptible. Pues es un hecho que vuestra trabajadora, la camarada Prónina, se encuentra enferma en mi clínica. Parece que sus pulmones sufrieron daño por alguna sustancia venenosa.

El presidente del comité de trabajadores estaba completamente turbado. Después de una pequeña pausa declaró con firmeza:

-Y puede ser que usted tenga razón, Leontiy Samóylovich. La amiga de Prónina, Liza Seróva, también ha enfermado y se queja de los pulmones...

-¡Lo ven! -exclamó Sugúbov-. ¡Camarada Nikítina, tome una prueba de aire!

Nikítina rompió la delgada punta de un tubo de vidrio, el aire de la sección penetró en el envase y de nuevo soldó el tubo.

-Yo fui a ver a Seróva -comunicó el secretario del comité del partido-. Su apartamento está al lado del de Prónina. Y yo estaba pensando: ¿No habrá algo nocivo, cualquier gas venenoso en la casa donde viven las dos amigas? Pues en la sección no ha habido otros casos de enfermedad.

-Examinaremos la casa y los apartamientos -dijo Sugúbov-. ¿Pero de dónde van a salir los gases nocivos en la casa? ¿No han oído de otros casos de enfermedad?

Sugúbov revisó las secciones de la fábrica, controló el trabajo de los filtros, ventiladores, dio algunas indicaciones al jefe de protección del trabajo y, despidiéndose, salió de la fábrica. Nikítina, durante este tiempo, cogió algunas pruebas más de aire.

Al regresar al Instituto Nina entregó en seguida la primera prueba de aire al laboratorio para su análisis. Luego, junto con Sugúbov, se dirigieron a la sala en que estaba Prónina. Sugúbov la sometió a un verdadero interrogatorio, pero ésta, como de costumbre, repetía obstinadamente que no sabía las causas de su enfermedad.

-Sus pulmones están intoxicados por algún gas venenoso -exclamó el profesor-. Hasta que no sepa cuál, no la podré curar. Tendremos que darla de alta del hospital.

Aquí Prónina no resistió más y relató una historia completamente inesperada. Su amiga, Liza Seróva, tiene novio, el joven químico de la fábrica «Síntesis» Riabínin. Él vive en la misma casa de ellas. Riabínin ama la química y organizó en su apartamento un laboratorio casero en el que efectúa diferentes experimentos. No hace mucho notificó a Seróva y a Prónina que había descubierto un extraordinario gas completamente inofensivo... ¡Lo había probado él mismo! «¿Comprenden?, ¡hace soñar despierto! Ningún cine proporciona tanto placer como este inofensivo narcótico» Y Riabínin invitó a las amigas a una sesión en su apartamento. Todo iba bien, pero he aquí que Seróva, bajo la acción del narcótico empezó a agitar los brazos -ella creía que estaba volando-, tropezó con uno de los envases con no sé que gas y lo estrelló contra el suelo. Prónina no sabe que gas contenía. Riabínin también sufrió las consecuencias, pero menos que ellas. Ella y Seróva decidieron no contar nada sobre todo esto para no traer dificultades a Riabínin.

Prónina se echó a llorar: se lamentaba de que no había podido guardar el secreto de sus amigos.

Nikítina nunca había visto a Sugúbov tan irritado.

-Déme la dirección de este vuestro prometido... ¡Y no llore ya más, nada le va a pasar! ¿Se le puede encontrar en casa? ¡Vamos, Nikítina!

En este momento se acercó un auxiliar del laboratorio y le entregó un papel.

-El análisis del aire.

Sugúbov dio un vistazo al análisis.

-Nitrógeno, ácido, argón, bióxido de oxígeno, he aquí... 0,01, incluso menos de la norma media... Hidrógeno, neón, criptón, helio, ozono... Todo en orden.

Este día Nikítina regresaba a casa en el aerobús. Estaba sentada cerca de la ventanilla y miraba pensativa los radios de las avenidas y canales de los nuevos distritos de la ciudad. Los riachuelos de poco caudal: Chórnaya, Volkóvka, Pulkóvka, Bolsháya y Malaya Kirovka, Dudergófka, Krácinka y otros fueron unidos unos con otros y rellenados de las aguas del Neva, encauzados en granito y convertidos en nuevos canales por los cuales pululaban infinidad de embarcaciones de transporte fluvial.

La luz del día iba apagándose poco a poco.

«Qué día más interesante y lleno de nuevas impresiones!», pensaba Nina.

¡Y qué bueno trabajar con Sugúbov! Su gran envergadura, atención y delicadeza hacia las personas... Prónina por ejemplo. Después de su confesión se puso en claro que la causa de su enfermedad era un «caso aislado», que en nada podía influir en «la prolongación de la vida de los leningradenses». A pesar de esto, Sugúbov no encomendó el caso a otro ni se tranquilizó hasta que él mismo no lo investigó hasta el fin. Sí, él ama y compadece a las personas enfermas, aun cuando sabe reprenderlas cuando es necesario. El desventurado inventor del «cine psíquico en casa», Riabínin, seguramente que no va a olvidar hasta el fin de sus días la repulsa que le echó Sugúbov. En cambio los pulmones de Prónina, Seróva y los del mismo Riabínin serán curados en poco tiempo... ¡Es una excelente persona Sugúbov! Sabe hacer compatible la lucha por la prolongación de la vida de todos los leningrandenses con la lucha por la vida de cada uno de ellos por separado. Tenía razón Záytsev al recomendarle trabajar con Sugúbov. Verdaderamente, de él había mucho que aprender. Ella se quedaría a trabajar con él.

El aerobús descendió verticalmente y con suavidad, sin casi notarlo, se asentó en la terraza de un gran edificio.

Se abrieron las puertas y automáticamente se desplegaron las escalerillas. Los pasajeros salieron del vagón. En las puertas del otro lado ya subían nuevos pasajeros. Después de un minuto todas las escalerillas se habían plegado, las puertas se cerraron y el aerobús se elevaba de nuevo sin el menor ruido.

Nikítina marchó de prisa hacia su casa pasando por un ligero y estrecho puente para peatones construido a través de la calle a la altura de un segundo piso. Bajó en el ascensor desde el puente hasta su casa, subió en otro ascensor hasta el quinto piso, al corredor amplio y largo. Abrió la puerta de su apartamento. Entró.

En el armario empotrado cerca de la puerta halló la cena encargada en la «Gastronomía», se sirvió del agua caliente de la reluciente cocina, hizo la infusión de té y comenzó su cena en el acogedor comedor. Al lado hay un gabinete de trabajo con una cómoda mesa escritorio de roble negro, con muebles tapizados de piel castaño. Aquí mismo, en seis armarios de gran cabida se encontraba la biblioteca particular de la joven. El suelo estaba cubierto por una suave alfombra. Las paredes empapeladas con papel plástico de fácil lavaje color castaño oscuro. Las paredes del dormitorio, al revés, eran claras, casi blancas con dibujos plateados, y una viva luz inundaba todos los ángulos del dormitorio. En medio de la habitación alfombrada la cama azul con níveo cubrecama, en un ángulo la mesita tocador también azul, cerca de la cama dos ligeras sillas azules. Otra habitación no muy grande sirve para los invitados -para esto hay dos divanes-, o como laboratorio, con varios armarios colgados en los que se guardan los productos químicos, el microscopio e instrumentos para los experimentos biológicos. También sirve sencillamente como «habitación de trabajo». Unos cajones en un ángulo de una mesa sencilla estaban llenos de diversos instrumentos y materiales de mecánico y carpintero. Nina llamaba en broma algunas veces esta habitación también «jardín de invierno». Cerca de la ventana, en la mesa, había un jardín botánico enano japonés con gruesos arbolillos de doscientos años de edad pero tan sólo de unos veinte a treinta centímetros de altura. Terminó de cenar. Tiró los restos al agujero absorbedor de basura y se lavó las manos. Estaba conectando el aparato acondicionador de aire para ventilar la habitación después de la cena, cuando sonó el teléfono. La voz de Záytsev se oyó al otro lado. Podía hablar con él sin tomar el aparato en sus manos y continuó sentada cómodamente en su butaca: el altavoz y el micrófono captaban los sonidos desde cualquier ángulo.

-¡Nina! He intentado hablar contigo pero no contestabas.

-Tenía el aparato desconectado. No me gusta hablar con un ala de pollo en la mano.

-Dime, ¿cómo terminó la investigación de las causas de la intoxicación de Prónina? ¿Qué castigo se le ha impuesto al delincuente? ¿Seguramente que el bueno de Sugúbov le ha roto todos los matraces a Riabínin?

-Los matraces y las costillas -contestó riendo Nina y le contó lo sucedido en la visita a Riabínin.

-¿Y qué has decidido: vas a probar aún de trabajar con Lávrov o te quedas con Sugúbov?

-Ya no tengo por qué ir con Lávrov. Me quedo con Sugúbov.

-Me alegro mucho... ¿Hoy por la noche no vas a ninguna parte? ¿No? ¡Bien, hasta la próxima! -Y la voz de Záytsev se calló.

Nina se puso de pie, se paseó por la habitación, se sentó tras la mesa escritorio y abrió un grueso libro, infinidad de fotografías hechas a través del microscopio, explicaban en las márgenes del libro casi cada línea del texto. Colocando un

aparato que proyectaba estas fotografías ampliadas en una pequeña pantalla de sobremesa la joven se puso a estudiar. Con movimiento, en color, veía, en la pantalla el trabajo de las glándulas, la segregación de las hormonas, la destrucción de los corpúsculos rojos, de la sangre, la transformación de las células eritroblastos en nuevos corpúsculos sanguíneos, el caprichoso vagar de los eritrocitos. Algunas veces los cuadros eran aclarados por la voz del mismo autor del libro.

Nina ve el tegumento de la piel de un dedo desde la parte interior del mismo. De pronto el tegumento se desgarra y penetra en él un cuerpo de forma cónica parecido a la nariz de un cohete interplanetario, pero con una superficie bastamente «pulida». Aparece y desaparece. Una modista que se ha pinchado el dedo con la aguja. De la punta del «cohete» (o sea, de la aguja) caen al borde y al fondo del agujero que se ha formado enormes terrones de piedra, rocas enteras (en realidad son partículas insignificantes de polvo, moléculas de corpúsculos duros). Junto con ellas penetraron a través de la grieta del pinchazo extraños corpúsculos en forma de bolitas unidas en cadena. Son los terribles estreptococos que pueden provocar en las personas la erisipela, infección de la sangre y otros diversos procesos infecciosos. ¡El enemigo ha penetrado en el organismo! Un desconocido «telégrafo sin hilos» difunde inmediatamente esta noticia por los tejidos y vasos que rodean este lugar. Y he aquí que ejércitos enteros de leucocitos ya van corriendo al encuentro del enemigo. Ellos se estiran formando un hilo penetrando a través de las paredes de los vasos, o se acumulan formando una bolita, o sueltan unas patitas informes para moverse más rápidos entre los tejidos del cuerpo y sondear el camino, y entonces se parecen a los diplodocos, los pesados animales de épocas pasadas. Finalmente llegan al lugar, arrancan de la cadena una de las mortales bolitas, lo envuelven despacio con su cuerpo, el plasma y... «se lo comen», lo digieren, disuelven... En la dura batalla mueren en masa los cocos, pero también mueren leucocitos por el veneno que expelen las bacterias. Esta vez vencen los leucocitos. El enemigo es aniquilado. La vida de la modista está fuera de peligro. ¿Y ella? Ella no tiene ni idea de la terrible escaramuza que se ha librado bajo la piel de su dedo en la que han tomado parte millones de guerreros. Ella únicamente había notado una pequeña supuración...

¡Pero cosa asombrosa! Aquellos mismos leucocitos resultan ser enemigos cuando una persona envejece, aportando en sus organismos alteraciones de la salud. Se puede observar durante horas y horas estos cuadros llenos de interés, olvidándose de comer, de dormir, de todo...

El «radioinstitutor» puesto en marcha por la misma Nina, ya le había avisado varias veces recordándole que era tarde, cada vez con más fuerza, con más insistencia.

-¡Sí, ya voy! ¡Qué pesado! -exclamó por fin ella enfadada, sonrió, bostezó dulcemente, desconectó los aparatos y cerró el apasionante libro metiendo debajo de él un montón de cuartillas escritas. Nina escribía un trabajo científico para la obtención del grado científico de candidato de ciencias biológicas.

«¡Las ocho! ¡Es hora de levantarse!», pronunció con precisión el radiodespertador.

Nina abrió los ojos. El dormitorio estaba alumbrado, por la luz crepuscular de la mañana otoñal de Leningrado. En la ventana repiqueteaban las gotas de la lluvia. Los leningradenses habían logrado mejorar en gran parte el clima de su ciudad, pero no habían podido cambiarlo del todo. La transformación del clima en los límites de una sola ciudad era imposible, y la lucha por la transformación del

clima a escala mundial sólo estaba empezada. La eterna disputa de la nevera europea, Groenlandia, con el horno de Europa, el Gulf-Stream, continuaba: el tiempo de Leningrado seguía siendo inseguro, el otoño y el invierno traían consigo lluvias y neblinas alternadas con heladas, nevadas e inesperados deshielos.

Nina se había despertado de mal humor. ¿A qué era debido esto? ¿Sería por la acción del otoño, la lluvia y la mañana gris? No, no era esto: su humor había sido estropeado ya ayer... De pronto recordó la causa concreta de su malestar: ¡Lávrov!

Ayer por la mañana, como siempre, entró en el gabinete de Sugúbov. Leontiy Samóylovich paseaba enfurruñado por la habitación. Tras la mesa estaba sentado el sonriente Lávrov.

Al aparecer la joven él se levantó de la butaca y, llegando hasta ella, dijo:

-Camarada Nikítina, permítame recordarle sobre su primera aparición en este gabinete. Entonces, recuerda usted estaba indecisa con quién trabajar, conmigo o con Leontiy Samóylovich. Y decidimos que trabajaría alternativamente con el profesor Sugúbov y conmigo. En lugar de una semana lleva usted trabajando más de dos meses con él. ¿No le parece que es hora de que empiece a trabajar conmigo?

En este momento Nikítina casi llegó a odiar a Lávrov «¡Qué falta de tacto! ¿No comprende este viejo que ya he escogido?» Como respondiendo a sus pensamientos Lávrov sonrió.

-A la fuerza no se puede ser querido, y yo no le habría recordado nuestro pacto a no ser por una circunstancia. Mi auxiliar de laboratorio, mi mano derecha, ha marchado a una comisión de servicio por largo y todo mi trabajo ha quedado parado. Es por esto que la he recordado. Bueno, pensé que usted misma y el profesor Sugúbov, claro, no me negarían este favor...

¡Así puso las cosas este astuto Lávrov! Y no había nada que objetar... Nina, como último recurso, dirigió una suplicante mirada de Sugúbov. Pero la forma en que había sido hecha la petición, por lo visto, también a él le había desarmado...

Y hoy Nina debe empezar su trabajo con Lávrov. Enojada, da patadas a la cama, se levanta a la fuerza y se dirige al baño. El masaje hidroeléctrico le quita el mal humor. La escena de ayer en el gabinete ya no le parece tan desagradable.

-¿Dónde está el profesor Lávrov? -preguntó Nina echando una mirada por el gabinete.

Detrás del escritorio, en el ángulo de la habitación le está mirando una mujer.

-¿Es la camarada Nikítina? -pregunta ella-. El profesor Lávrov ha ido al laboratorio de regeneración. Ha indicado que vaya en busca de él cuando llegase.

Nikítina asintió con la cabeza y salió de la habitación. A derecha e izquierda del corredor hay puertas, puertas sin fin... ¡Pero cuántos laboratorios tiene! Sugúbov sólo tiene uno, el químico, y en él se efectúan los más diversos análisis. «Mi laboratorio es todo Leningrado», dice Sugúbov.

«Laboratorio KV», «Laboratorio UKV», «Laboratorio...», «Laboratorio...», leía Nina los letreros de las puertas. Aquí está por fin el «Laboratorio de regeneración...»

-¿Se puede entrar? -pregunta Nina al micrófono en la puerta y oye la respuesta:

-No se puede.

-Pero es que tengo que ver al profesor Lávrov.

-El profesor ha sido llamado urgentemente al gabinete de rayos X.

Nina se encoge de hombros con disgusto. Una enfermera le indica cómo ir al gabinete de rayos X. Resulta que hay decenas de gabinetes de rayos X, pero el

principal se encuentra en los sótanos del edificio. Nikítina decidió ir al principal.

No sin trabajo halló en el laberinto de amplios corredores y salas del sótano esta enorme puerta de acero. Encima de ella, iluminadas con una luz roja radiante se podían leer estas siniestras palabras:

¡NO PASAR! ¡CONECTADO A 3.000.000 de VOLTIOS!

A la pregunta de si estaba en el gabinete el profesor Lávrov, Nina recibió esta contestación:

-Sí, está aquí y le ruega que espere. El aparato será pronto desconectado.

A los tres minutos las letras rojas se apagaron y se abrió la pesada puerta de acero.

Lávrov estaba sentado en una butaca ante una alta pared que no llegaba al techo. Esta gruesa pared de hormigón y plomo debe preservar al médico de la acción del monstruoso aparato. Por encima de la pared se eleva el periscopio.

-¿Usted aún no había visto nuestra artillería pesada? ¿Quiere dar un vistazo al periscopio? -propuso Lávrov a Nina.

Nikítina miró y vio: una sala desierta igual a la anterior, en el centro un complicado aparato con una enorme lámpara de vidrio de unos doce metros. No se veía al enfermo. Seguramente había sido retirado ya por la camilla automática...

-Bueno, ya verá todo esto en otra ocasión. ¡Vamos al laboratorio!

El laboratorio de regeneración tenía algo que recordaba a una tienda de naturaleza viva. En una alta mesa cerca de una de las paredes había, formando varios pisos, acuariums, terrarios, jaulas con pajaritos y ratones blancos. Tras los cristales se veían estrellas marinas, hidras, ranas, gusanos de lluvia, cangrejos, arañas, lagartijas, pólipos. Muchas de las lagartijas tenían dos y tres colas. Las ranas tenían las patas divididas en dos, y una de ellas una quinta pata en la espalda, resultado de la acción de las fuerzas regeneradoras...

En la mesa situada en el centro de la habitación el jefe del laboratorio, Márin, con su ayudante, una chica de cabellos rojos, efectuaban una delicada operación en la espalda de una de ellas. En una larga mesa cerca de la otra pared había vajilla de vidrio y aparatos de laboratorio químico. En el ángulo, un armario con productos químicos.

Nina observó el laboratorio y, perpleja, preguntó a Márin:

-No llego a comprender qué relación puede tener el estudio de la regeneración con el problema de la vejez...

-Indirecta -respondió breve Márin.

-¿Le interesa nuestro trabajo? -preguntó Lávrov dirigiéndose a Nikítina.

-¿Tiene usted muchos ayudantes? -respondió Nina con esta pregunta a la suya.

-Todos tienen mucho trabajo. Y yo necesito una ayudante que me siga como una niñera. Hallaremos trabajo, no se preocupe. ¿Es que esto es poco? ¡Ah, si se pudiera trabajar día y noche! Pero... la cabeza empieza a cansarse. -Se dio con la palma de la mano en la frente-. Hay infinito trabajo. Usted misma sabe que a pesar de todos los éxitos la medicina está horriblemente atrasada en comparación con el avance general de la nación. La medicina está en deuda. Y cada día de menos que vive cada ciudadano aumenta esta deuda.

Y Lávrov se puso a demostrar con vehemencia que no había enfermedades incurables. Que lo que sucedía era que la medicina aún no había encontrado los

medios para curar estas enfermedades.

-¡Pero los encontraremos, seguro que los encontraremos!

Nikítina escuchaba atenta a Lávrov. Parecía que tenía delante a otra persona. No le habían sorprendida las palabras del científico, no, ella misma más de una vez había pensando en esto. Lo que la sorprendía era el profundo convencimiento de Lávrov. ¡Qué fuego ardía bajo las frías cenizas de la vejez!

-No es que yo quiera disminuir los éxitos de nuestra medicina, indudablemente son enormes. Precisamente gracias a ellos aumenta cada año el número de ciudadanos que llegan a la vejez. No es esto lo que quiero decir. Lo que pasa es que en la mayoría de los casos la vejez es la más horrible e incurable de las enfermedades. Usted sabe que precisamente en esto yo discrepo con el profesor Sugúbov. Y verdaderamente, incluso en las condiciones más favorables que tenemos ahora nosotros, el límite de la vida humana es de setenta a setenta y cinco años. Mientras que la teoría reza que debemos vivir de ciento veinte a ciento cincuenta años, y además, debemos ser animosos casi hasta los últimos días de nuestra vida, sanos, poder trabajar y gozar de lucidez y buena memoria. ¿De dónde surge esta «perruna vejez», con su caducidad específica y su imbecilidad senil...? ¿Dónde está la raíz del mal? ¿Puede ser que el capitalismo y las épocas que le precedieron dañaron los genes de los humanos, crearon mutaciones dañinas? Sea como fuere, y a pesar de lo que afirma el profesor Sugúbov, a los viejos les vence la esclerosis, los leucocitos se multiplican destruyendo los preciosos tejidos, desechos de toda suerte, «escorias» del organismo lo atascan paulatinamente, se multiplican las bacterias nocivas, el trabajo de las glándulas se descompone y, combinado con todo esto el organismo se quebranta. ¡He aquí lo que hace que nuestra vejez sea patológica, enfermiza, esto es lo que emponzoña nuestros últimos días! Espero que ahora comprenderá mi «escuela», la línea que siguen mis trabajos. Yo lucho activamente contra los fenómenos patológicos de la vejez: contra las «escorias», los leucocitos y las bacterias. Yo trato de hacer todo lo posible para alcanzar una «gran purificación» del organismo senil de todos los factores perniciosos, y con esto, la prolongación de los días felices de nuestros compatriotas... Bien, y ahora dígame. ¿Se me debe ayudar en esta tarea? -concluyó Lávrov con una pícara sonrisa en sus labios.

La fiebre del trabajo se apoderó de Nikítina. Verdaderamente, su trabajo consistió en ir continuamente detrás de Lávrov. Anotaba en su bloc las indicaciones del profesor para sus innumerables colaboradores científicos, las nuevas ideas que le surgían durante el trabajo, comprobaba la realización de los trabajos encargados. Luego se dirigía al laboratorio de ondas ultracortas o al gabinete central de rayos X y ayudaba a Lávrov en sus experimentos. Para cada clase y especie de bacterias que viven en el organismo, él trataba de encontrar una precisa radiación de energía que destruyera únicamente estas bacterias y fuera completamente inofensiva para las otras, y asimismo para las células del organismo. ¡El trabajo era extraordinariamente complicado y delicado!

Los experimentos se llevaban a cabo tan sólo en animales.

Nina conocía bien casi todos los trabajos de su patrón. Únicamente en los laboratorios «Z» y «W», Lávrov nunca entraba junto con ella. En una ocasión Nina se interesó en lo que había y se efectuaba en estos laboratorios.

-Si sabe demasiado, va a envejecer pronto -contestó en tono de broma Lávrov. Pero de pronto él mismo abrió la puerta del laboratorio «Z»-: ¡Entre!

Oscuridad...

Se oyó el chasquido del interruptor, se hizo la luz y Nina vio una habitación

parecida a una cúpula de observatorio. Las paredes, que iban formando gradualmente el redondo techo estaban recubiertas enteramente de chapas de plomo, y asimismo la puerta de entrada. No tenía ventanas y el brillante suelo era de una masa semielástica.

Lávrov cerró la puerta. Se oyó un chasquido y empezó a descender del techo hasta casi llegar al suelo una espesa rejilla metálica:

-Preste atención: aquí se oyen menos ruidos que en la célebre «Torre del silencio». No llega ni un solo sonido. Y ninguna corriente, ni una vibración eléctrica puede penetrar del mundo exterior. Aquí no tienen acceso ni las radiaciones cósmicas.

Nina observaba y escuchaba con enorme interés. ¡He aquí aquel romanticismo científico en el cual había soñado desde los años escolares! Y Lávrov mientras tanto iba silenciosamente por la sala y mostraba a la joven las nuevas instalaciones y aparatos.

En el centro de la habitación había un profundo sillón de cuero con un respaldo muy inclinado hacia atrás. Ante él, a la altura de la cabeza colgaba una pequeña lámpara de cristal de rubí. Por encima de la cabeza, delante, al lado y detrás, algo parecido a una cúpula de barras metálicas.

-Es una radioantena -explicó Lávrov.

De la antena van los cables a unirse al aparato instalado en una alta mesita detrás del sillón.

-El receptor. Se sintoniza a la longitud de onda desde uno hasta cinco metros. Las ondas electromagnéticas irradiadas por el cerebro de la persona sometida a la prueba son recibidas por la antena y transmitidas al detector del receptor. Aquí se amplifican hasta tal punto que pueden ya actuar sobre las partes mecánicas del aparato: he aquí el oscilógrafo, el aparato que registra las oscilaciones; aquí el galvanómetro de gran sensibilidad, y éste es el aparato que transforma las vibraciones eléctricas en sonoras.

»Ahora observe el lugar para el experimentador. Como ve se halla tras el aparato y consiste en una red de alambre metálico o jaula. Yo mismo me meto en ella... ¡Lo que somos capaces de hacer para la ciencia! La jaula está en contacto con la tierra. Por consiguiente, las ondas irradiadas por mi propio cerebro no pueden llegar a la antena y mezclarse con las ondas del cerebro del investigado. Las ondas de mi cerebro son captadas por la red metálica y se van a la tierra... Así que, yo entro en la jaula, cierro la puerta y me siento en esta silla ante esta pequeña mesa. Los aparatos de la mesilla están conectados con el receptor de radio. He aquí los auriculares. Yo me los pongo durante el experimento. Estas esferas me indican las características de las ondas irradiadas: longitud, amperaje, voltaje y demás.

»Bien, ¿y ahora no querrá sentarse, mejor dicho, acostarse en este sillón? No tenga miedo, no es una silla eléctrica.

-No tengo ni pizca de miedo y con gusto me someteré a la prueba -respondió Nina y se sentó en el sillón reclinándose sobre el respaldo.

-¡Así es! ¡Bien relajada! -exclamaba Lávrov, mientras envolvía a la joven en una mirada como si quisiera fotografiarla. Luego llegó hasta la puerta, desconectó la lámpara del techo y encendió una pequeña lamparita encima del sillón. La habitación tomó el aspecto de un laboratorio fotográfico.

-La luz roja contribuye a la concentración, cosa muy importante en nuestro experimento. -Lávrov miró otra vez a Nina con mirada escrutadora y entró en su jaula. Cerró la puerta metálica y se oyó el chasquido del interruptor... Nina miraba fijamente la luz color rubí y se sintió invadida por un sopor.

-Tranquilidad absoluta en los sentidos, pensamientos y cuerpo -oyó Nina como a través de una pared la voz de Lávrov-, relaje todos sus músculos. Ninguna tensión, Así...

La voz de Lávrov cesó. El silencio es inverosímil, sobrenatural... A Nina incluso le sobrecoge. ¿No será hipnotismo?

-¡Ah, la juventud! -oye de nuevo la voz del científico-. ¡Vaya onda! ¡La saeta del indicador se ha colocado en el extremo opuesto! ¡Pero nosotros, los viejos, no nos acobardamos aún...

Nueva pausa.

-Ahora sume mentalmente veintinueve y ochenta y ocho... Multiplique dieciséis por treinta y siete... ¿Qué-e? ¿Aún no lo ha calculado? ¡Pues esto sí que es bueno!

-Qué puedo yo hacer...-se justifica Nina-. Dicen que el gran matemático Poincaré también se equivocaba en los cálculos mentales.

-Bien, deje el cálculo. Vayamos a otra cosa. Recuerde algún suceso horroroso en su vida.

-¿Horroroso? Me parece que nada horroroso hay en ella. A no ser la ocasión en que durante un vuelo nocturno perdimos la orientación y nuestro avión rozó un dirigible... Usted conoce su construcción, cada cabina-camarote «cae» automáticamente, luego le salen unas alas que le ayudan a planear. Pues bien, cuando «caí» y mi cabina planeador chocó con otro planeador igual empezamos a dar volteretas, entonces... entonces, recuerdo que verdaderamente tuve miedo. Pero esto duró unos segundos, hasta que no se abrieron los paracaídas de reserva.

-Muy bien procure representarse de nuevo este momento de pánico para que el corazón lata aceleradamente.

Una nueva pausa.

-¡Vaya! ¡Creo que verdaderamente he revivido este momento! -exclamó Nina.

-¡Excelente, excelente!

Lávrov salió de la jaula, encendió la lámpara del techo, sacó del aparato una larga y estrecha cinta, el radiograma cerebral, y lo mostró a Nina.

-¿Ve esta línea regular? Su cerebro estaba tranquilo. Y estos «nudillos»: la amplitud de la oscilación aumenta. Esto era cuando estaba calculando... De nuevo una línea casi recta y, ¡de improviso un impulso! El gráfico de la curva muestra como un bache. Esto fue cuando estaba cayendo desde las alturas. Y éste es todo el experimento... -Lávrov quedó pensativo, luego meneó la cabeza con brusquedad, como si ahuyentara de ella pensamientos molestos y exclamó-: Sigamos adelante.

Salieron al corredor. Cerca de la puerta del laboratorio «W» Lávrov se paró indeciso, extendió la mano hacia ella pero inmediatamente se apartó de la puerta y siguió adelante.

Lávrov dirigió su mirada al gran reloj del corredor, se paró, miró de manera extraña a Nikítina, se quedó pensativo y finalmente dijo:

-Oiga, Nina. Ahora tengo prisa para ir a la reunión de la comisión de científicos, pero necesito hablar con usted de un asunto muy serio. ¿No podría pasar por mi casa? A eso de las ocho. Podrá al mismo tiempo conocer a mi familia, a los chicos.

Nina quedó un poco sorprendida de esta invitación, pero aceptó gustosa.

Hacía una tarde brumosa de otoño. Pero Nina no temía los resfriados e iba en el electrotaxi abierto al lado del chofer, un hombre fuerte de mediana edad.

La nueva avenida estaba vivamente iluminada y sin embargo no se veían los

faroles. Una suave luz azulada, Iluminaba las fachadas de los inmuebles con sus columnas y estatuas que parecían flotar en el aire como tejidas por rayos de luz. Las grandes plazas se iluminaban con un solo «sol» de varios millones de bujías. Este «sol» pendía en el centro de dos arcos entrecruzados a tanta altura que no molestaba a la vista. En estos días de neblina como hoy, las plazas se veían iluminadas con singular efectividad: no se notaba el «sol» encendido encima de las cabezas, sino que todo el aire envuelto por la niebla era radiante con luz verdelilácea como en un tubo fluorescente. Esto se lograba gracias a que a ras de tierra entre los jardines había instaladas lámparas de arco voltaico con su luz dirigida hacia arriba. Los frágiles rayos violeta del arco voltaico al encontrarse con las moléculas en la niebla se refringían reiteradamente, se difuminaban y todo el aire saturado de niebla se iluminaba...

Volviéndose hacia el chofer, Nina le preguntó con ánimo de entablar conversación:

-¿A qué se dedica, camarada?

El chofer respondió serio:

-Conduzco el coche.

«No me comprendió» -pensó Nina-. «Sin embargo, la pregunta es sencilla y fácil de entender, ya que el hombre moderno es polifacético por su cultura, aspiraciones, intereses y ocupaciones. Por ejemplo, el campesino Zórin es un astrónomo excelente: no hace mucho descubrió una estrella de magnitud variable; Gravílovich es un matemático conocido en todo el mundo, y al mismo tiempo un excelente violinista; de Lávrov se dice que es un virtuoso trabajando en el torno... Y sobre todo en personas como choferes y conductores, la cabeza de los cuales no está muy ocupada durante el ejercicio de su trabajo, de ellos ni que hablar tiene. Todos tienen su «segunda vida», otros intereses. En cuanto al volante, sí, esto se comprende. Pero yo no pregunto eso. No, tú dime además de eso, además del volante, qué es lo que llena tu vida...»

-¿Y usted, a qué se dedica? -inesperadamente preguntó el chofer.

-Escribo versos -medio en broma, medio en serio respondió Nina.

-¿Pero... de verdad?

-Desgraciadamente, es la pura verdad -respondió Nina ya un poco confusa-. Sólo que yo esto no se lo digo a nadie. A usted se lo he dicho por ser una conversación casual...

-¡Versos! Pero si esto es muy interesante. ¿A lo mejor escribe también sonetos?

-Los escribo. Repugnantes... y sé que son malos, pero me tira.

-Puede ser que no sean tan malos -dijo el chofer-. Recíteme algo suyo de memoria.

-¿Pero es que entiende usted de eso? -preguntó Nina.

-Un poco. Cuando menos de sonetos italianos de la época del Renacimiento, en todo caso, comprendo algo.

Y el chofer, finalmente, contó a qué se dedicaba: hacía muchos años ya que él estaba aficionado a la historia de las artes; su especialidad era la época del Renacimiento.

-Algunos trabajos míos sobre los artistas florentinos, maestros del principio del Renacimiento, ya han sido publicados... ¡Cuánto placer proporciona el arte! Recíteme uno de sus versos, por favor. A poder ser un soneto.

-¡Oh no, otro día puede ser... por teléfono!

Y se anotaron sus respectivos números de teléfono.

El coche llegó a los límites de la vieja ciudad. Nina pidió al chofer que pasara por la avenida del 25 de Octubre. Hacía tiempo que no venía por aquí.

Los nuevos tiempos habían puesto su sello también en esta avenida. Había desaparecido la telaraña de cables y el «paseo de los postes», desaparecieron los estruendosos tranvías e incluso los trolebuses. Por el centro de la calle únicamente circulaban autobuses y autos silenciosos que se movían a base de acumuladores, y en los lados, cerca de las aceras, se deslizaban a poca velocidad cómodos sillones automóviles de una plaza, la manera predilecta de pasear por la ciudad de las personas de edad, ancianas solas y viejos pensionistas. Los jóvenes se deslizaban por las aceras con autopatines. Este medio de desplazamiento era muy reciente.

Las paredes de las casas en que daba el sol estaban recubiertas por brillantes planchas pulidas de aleaciones metálicas inoxidables. En verano estas planchas se lavaban periódicamente. De este mismo metal pulido y brillante como el cristal, estaban hechos los proyectores fijados en los bordes de los tejados. Unos mecanismos especiales movían estos reflectores siguiendo al sol. De esta manera en los días claros se reflejaban los rayos solares directamente a las ventanas de las casas del lado sombrío.

Ante Nina se abrió la avenida de Kírov. Poco había cambiado. Tan sólo algunas casas antiguas habían sido derribadas y edificados nuevos inmuebles proyectados por la talentosa arquitecto María Titóva.

El pavimento de plástico de la avenida no estaba dividido en zonas de jardines y paseos. Grandes árboles crecían únicamente por ambos lados de la misma a lo largo de las aceras. Tampoco había túneles subterráneos para girar y pasar de una zona de velocidad a otra. El chofer tuvo que mirar a la izquierda, girar el coche hasta ponerlo de través en la calzada y traspasar hasta el lado contrario, al número 26-28.

-¡Voy a esperar su llamada! -gritó el chofer acompañando a Nina con la mirada. Hubiera querido preguntarle su nombre, pero... tuvo miedo de que a la joven no le gustara su atrevimiento.

La puerta se abrió automáticamente ante Nina. Entró en el amplio recibidor y al instante se encendió la luz en algún lugar por encima de la cornisa superior.

La familia de los Lávrov, por lo visto, era bastante numerosa. En el suelo de parquet, en el ángulo al lado del espejo, había algunos pares de patines eléctricos de ruedas de diferentes medidas, y cerca de la ventana un sillón eléctrico de los usados por los ancianos.

Colgaban de la percha abrigos e impermeables de «lana de vidrio», suaves, blancos, con matices plateados.

Desde las habitaciones interiores llegó hasta el recibidor, el ladrido de varios perros. Una voz estridente, chillona, preguntaba tartajeando:

-¿En hay? ¿En hay? ¿En hay?

-¡Soy yo, Nikítina!

Entraron al recibidor dos perritos blancos. Siguiendo a éstos, pisando suavemente penetraron un leopardo y un cachorro de león que con paso cauteloso se acercaron a Nina y empezaron a olfatearla.

-¡Vádik! ¿Por qué has soltado a *Naif* y *Point*? Pueden asustarla... -se oyó la voz femenina desde las habitaciones interiores.

-¿En hay? ¿En hay? ¿En hay? -chillaba de nuevo la misma voz monótona y tartajeante.

-¡Es bella, abuela! -en el recibidor entró corriendo un chico de negros ojos de unos ocho años, con la cara bronceada por el sol, con una camisa blanca de manga corta y pantalones también cortos. El chico saludó cortésmente y

preguntó a Nina si la habían asustado las fieras.

-El abuelo le ruega que pase al comedor... ¡Vamos *Naif, Point*! -El chico cogió al león y salió adelante; los pequeños perros salieron corriendo; el leopardo siguió tras de Nina cerrando la comitiva y como cortando a la joven el camino de retirada.

Así, solemnemente entraron en el comedor.

Esta habitación, con tres ventanas encortinadas parecía un rincón de museo de viejas costumbres y culturas. Trasladaba al visitante al pasado, unos cien años atrás. Pesados mueble de roble negro con ornamentos tallados, enorme aparador y sillas con altos respaldos. Al lado de las ventanas y en los antepechos habían macetas con flores, en las paredes jaulas con pájaros, y en el ángulo una gran jaula con un papagayo de alegre colorido que continuaba chillando «¿en hay?»

En la gran mesa de té cubierta con un mantel con los extremos bordados se elevaba el samovar, cerca de él la tetera, y en ella una especie de funda de grueso paño en forma de gallina clueca. En la mesa había puesto un servicio de té antiguo -azul con bordes dorados-, y una especie de fuente de madera marrón-oscuro con inscripciones en los bordes con letras eslavas: «El pan y la sal saboread, pero decid la verdad».

Cerca del samovar había una gruesa mujer entrada en años y de cabello cano; en el lado opuesto, el profesor Lávrov; a la izquierda de la anciana, una mujer joven con Vádik; a la derecha, un coronel de unos treinta años con la cabeza afeitada, el cual al aparecer Nina se levantó inmediatamente. Los perritos se tumbaron junto a la anciana, *Naif* y *Point* fueron llevados a la habitación contigua.

-Les presentaré -dijo Lávrov-. Mi esposa Bárbara Nikoláievna. La cabeza de familia, pues en casa reina el matriarcado.

-Nina Vasílievna puede pensar que yo en verdad te tengo esclavizado -respondió su mujer con una sonrisa.

-¡Y cómo me tienes atado! -continuó Lávrov sin inmutarse-. Ésta es mi hija Liza. Estudiante del instituto de físico-matemáticas. Madre del pequeño Vádik y esposa, creo, del no menos célebre explorador de la Antártida, Estepánov... Ahora se encuentra en viaje científico... Vádik es pionero, un estudiante sobresaliente e inventor del torpedo volador, que a propósito, por ahora al menos no hay forma de que quiera volar. Y finalmente el comandante Lávrov, mi hijo Maksímushka, aviones-torpedero. Sus radio-torpedos vuelan, y parece que bastante bien.

Sentaron a Nina junto a Maksímov. Bárbara Nikoláievna le sirvió una taza de oloroso té y preguntó:

-¿No le asustaron nuestras fieras?

Nina no tuvo tiempo de contestar ya que Lávrov continuó indicando con la vista a su esposa:

-¡Ha sido ella la que ha hecho de nuestro piso una casa de fieras! Pero para explicarle cómo ha llegado a una vida tal, será necesario empezar desde lejos. -Y Lávrov relató casi toda la biografía de su mujer, poniéndole salsa al relato con bromas y dichos. La vieja escuchaba con una sonrisa de indulgencia.

Resultaba que la esposa de Lávrov también fue profesor; una gran especialista en veterinaria. Unos treinta años atrás Bárbara Nikoláievna, siendo aún una joven científica, llevó a cabo una lucha tenaz contra una enfermedad muy extendida en aquel tiempo entre el ganado vacuno. Y llegó el día en que ella halló por fin un remedio radical contra la enfermedad.

Las epizootias cesaron por completo. Los laboratorios especializados se

tuvieron que cerrar, y los colaboradores científicos quedaron cesantes.

-Fue así como Bárbara Nikoláievna se dejó ella misma sin trabajo -comentó Lávrov riéndose.

Sin embargo, muy pronto encontró una nueva tarea. En aquel tiempo se trasladaban grandes rebaños a través de los desiertos y estepas de Mongolia. En el camino una especie de garrapata infectaba a los animales. Y he aquí que fue enviada una gran expedición científica a Mongolia para luchar contra la peligrosa garrapata. Esta expedición fue encabezada por Bárbara Nikoláievna. Iba estupendamente equipada y abastecida con toda clase de medios de transporte para el desierto, incluidos aviones. El trabajo prometía tener éxito, pero una de las veces el avión en que viajaba Bárbara tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en la arena y Bárbara Nikoláievna sufrió una fuerte herida en la pierna. Fue necesario regresar a Leningrado sin haber terminado el trabajo. «Que vayan ellos cazando garrapatas allí, y yo empezaré el trabajo desde otro lado», se dijo ella, y empezó sus experimentos sobre la anabiosis de los animales de sangre caliente…

-La anabiosis, como usted sabe, revolucionó el transporte de los animales. Y además llegaron allí los potentes dirigibles metálicos. Se podía dejar tranquilas a las garrapatas, y de nuevo mi Bárbara Nikoláievna se encontró sin trabajo. Además, por aquellos días… «esperábamos la cigüeña»: dar saltos por toda la URSS se le hacía difícil. Y ella escogió un trabajo menos pesado, en el parque zoológico. Bueno, y si allí nace algún leoncito debilucho, un osito, o alguna madre se niega a amamantar sus hijitos -en el encierro esto sucede- entonces Bárbara Nikoláievna trae a los agraviados a casa, y aquí los alimenta con biberón, los cuida…

A pesar del tono burlesco, Lávrov narraba con gran afecto sobre su viejecita esposa. Se notaba que ellos habían vivido y vivían con gran armonía una buena vida laboriosa.

La conversación se animó poco a poco. Maksímov relató algunas historias interesantes de su práctica de vuelo… Pero Lávrov padre empezó a moverse en la silla impaciente, miró el reloj y se dirigió a Nina:

-Sin embargo, yo tengo un asuntito para usted. Le ruego que pase a mi gabinete.

En el gabinete reinaba el silencio. Aquí no llegaba ni el ladrido de los perros ni el chillido del papagayo. Lávrov invitó a Nina a sentarse en la butaca cerca de la mesa escritorio. Su semblante era serio, fuera de lo habitual.

-¿Sabe usted que Mijéev está muy enfermo?

-Yo sé que es muy viejo -respondió Nina.

-Viejo, sí. Claro, la vejez es su principal enfermedad… Nosotros, los médicos, en parte Sugúbov y yo, hemos hecho todo lo posible para sostener y prolongar la preciosa vida de Mijéev. Le preservamos de muchos peligros, le protegimos de muchas enfermedades e indisposiciones, y de esta manera le dimos posibilidades para continuar su trabajo, ¿usted comprende lo que esto significa? Cada hora de trabajo de su genial cerebro enriquece a la humanidad en siglos. Y he aquí que tenía de suceder esta desgracia: cuando Mijéev se encontraba ya muy cerca de su objetivo, cuando finalizaba su genial trabajo sobre la obtención de energía atómica, la vejez dijo: ¡Alto! Se le han descubierto síntomas de imbecilidad.

-Pero Mijéev tiene muchos jóvenes ayudantes de gran talento, y ellos…

-¿Terminarán el trabajo sin él, quiere usted decir? Sí, esto sin ninguna clase de duda… Pero existe otro lado del asunto. ¡Quién lo hubiera pensado! Cincuenta años de trabajo tenaz. Superó infinidad de obstáculos, graves equivocaciones,

indecisiones, hasta que por fin encontró el verdadero camino. Y he aquí que cuando ya veía el objetivo, cómo si dijéramos ya lo palpaba, sus fuerzas de pronto le han traicionado... Me invitaron a verle. Nunca olvidaré esta escena... Estaba sentado en su gabinete tras su escritorio. Aún continuaba trabajando, pero por lo visto ya tenía idea evidente de la gran desgracia que se aproximaba. Se quedó mirándome unos instantes, luego... me alargó sus brazos suplicante: «¡Iván Alexándrovich! Prométame que hará todo lo posible para mantener mi lucidez que se extingue, al menos un año más. Según mis cálculos esto será suficiente. Yo debo... comprende, debo terminar la obra de mi vida antes de ceder a la caducidad senil final y... a la inevitable muerte». Sus ojos brillaban con su fuego impetuoso del pasado y a bocajarro me preguntó: «¿Será posible que no logremos apartar, parar al enemigo por lo menos durante unos cuantos meses, mi viejo amigo?» Y yo le di palabra de cumplir su petición.

-¿Qué es lo que quiere realizar y en qué le puedo ayudar? -preguntó Nina.

-Eso... ya hemos llegado a lo esencial -dijo Lávrov y empezó a tamborilear con los dedos en la mesa-. Usted ya vio el aparato que registra las ondas electromagnéticas irradiadas por el cerebro en trabajo -empezó-. Pues bien en el laboratorio «W», donde aún usted no ha estado, hay otro aparato construido bajo mi dirección. Este aparato reproduce las vibraciones electromagnéticas de la misma naturaleza, longitud y frecuencia que las del cerebro humano. Técnicamente, usted lo comprende, no hay en esto nada extraordinario. Mi hipótesis es la siguiente: al irradiar vibraciones electromagnéticas el cerebro en trabajo; sin lugar a dudas gasta en esto alguna energía. Figúrese, ahora que el cerebro recibe de fuera vibraciones electromagnéticas que antes tenía que producir él mismo. Está claro que de este modo el cerebro en trabajo debe obtener cierta economía en su consumo de energía. Digamos que el trabajo del cerebro será aliviado, empezará a trabajar o sea a pensar más intensamente. ¿Comprendido? No se va a aumentar la inteligencia con la corriente eléctrica, pero, aliviar la tensión del trabajo intelectual, yo quiero pensar que será posible. A un cerebro normal no le será necesario, esto, pero para uno caduco la «electrización» puede ser útil, lo mismo que un bastón o una muleta cuando fallan las piernas...

-¿Y ha hecho usted experimentos?

-Los hice. En ratas viejas.

-¿En ratas viejas? -se asombró Nina-. ¿Pero como saber sobre el decaimiento, de la capacidad intelectual de una vieja rata, y sobre la recuperación de la misma bajo la acción de la energía irradiada? ¿No se le va a preguntar a una rata?

-Esto no es tan difícil como parece -respondió Lávrov-. Tomé una rata amaestrada a un adiestrador de animales del circo. Ella sabía levantar una banderita, pero se había olvidado de su número al envejecer y debilitársele la inteligencia. Empecé a electrizar su cerebro y ella volvió a levantar la banderita. Lástima que la memoria le retornaba sólo durante la electrización del cerebro... Pero para el hombre no será muy incómodo el llevar en las horas de trabajo intelectual un ligero bonete con electrodos en las sienes.

-¡Si sus hipótesis teóricas se han confirmado en los experimentos, entonces el problema está resuelto!

-Con ratas. ¡Con ratas, pequeña, pero no con personas, que es muy distinto!

-Pero a mí me parece que esto le da derecho...

-¿Exponer a peligros la vida de una persona? Este derecho no lo utilizaré incluso si se me ofreciera.

Se hizo una pausa embarazosa. Nina estaba desorientada y no lograba

comprender dónde quería ir a parar Lávrov, de pronto recordó que en la sección de crónicos incurables labia llegado hacía poco un nuevo enfermo, el viejo imbécil Surkóv, un pobre ser desaliñado que causaba lástima y aversión al mismo tiempo. ¿No sería éste el que Lávrov habría decidido someter a la primera prueba? ¿Es posible que el profesor espere ahora apoyo moral, la aprobación de otros? Bien, hay que ayudarle si solamente se trata de esto. Nina rompió el silencio calurosamente:

-¡Iván Alexándrovich! En la sección de crónicos hay el enfermo Surkóv, un viejete medio idiota...

Pero Lávrov no la dejó continuar. Al instante de oír el nombre de Surkóv, frunció el ceño y, con evidente agitación exclamó:

-¿Y usted, una joven médico me propone esto? ¡No lo esperaba de usted Nina, es vergonzoso! No me replique: sé muy bien lo que usted piensa. De un lado Mijéev, la cima de la inteligencia humana en el presente, por otro lado, un desconocido, Surkóv, un inútil embrutecido, etc. etc.

-¡Pero si consideramos que a la finalización de los trabajos de Mijéev van unidos los intereses de la patria! -exclamó Nina herida por el reproche de Lávrov-. ¿Es que cualquiera de nosotros no daría con gusto toda su vida en interés de la patria?

-¡La suya, Nina! Su propia vida y no la de otro. Voy ha hablar abiertamente. Yo he decidido hacer la prueba conmigo mismo. Pero como es difícil hacer al mismo tiempo dos papeles, de conejo de indias y de experimentador observador, yo había pensado en su ayuda y... en su discreción. Hace mucho que la he estado observando: usted es una joven seria y juiciosa... ¿Ahora está todo claro? Déme su respuesta, ¿está o no de acuerdo en ayudarme en este asunto?

-¿Y si la energía radiante destruye las células de su cerebro, le provoca un derrame?

Lávrov entornó los ojos irónicamente.

-No es posible hacer nada sin algún riesgo.

-Diga lo que quiera, pero la vida de diferentes personas no tiene el mismo valor...

-Cada uno da a la sociedad según su capacidad, y mirado así, la utilidad de las personas es diferente, distinta, pero en cuanto a la vida, cualquier vida es inapreciable -protestó seriamente Lávrov-. Yo admito el derecho de disponer en interés de la patria, tan sólo de la vida propia.

-¿Y si usted muere, es que los intereses de la patria en este caso no sufrirán? Yo ya no digo nada sobre su trabajo científico. Pero es que nadie más que usted puede de volver a Mijéev su capacidad de trabajo, y esto es lo que ahora interesa... ¡No, haga usted su voluntad: pero yo no puedo asumir para mí la responsabilidad del papel que usted me propone!

-¿O sea, que se niega a ayudarme?

-No me niego, pero quiero proponerle otra cosa. Usted mismo ha dicho que la utilidad social es distinta. Hablemos abiertamente: en este sentido el valor de su vida y de la mía es incomparable... En una palabra, yo propongo que sea conmigo con quien se haga el experimento. Ya que cada cual puede disponer de su vida, ¿no es así? Pues que sea yo la que haga de conejo y usted de experimentador.

Lávrov miró a Nina con admiración. Varios minutos estuvieron sentados en completo silencio. Finalmente Lávrov declaró con energía:

-¿Usted quiere ofrendar a la ciencia su joven vida? ¡Esto es muy conmovedor, pero yo de ningún modo voy a admitir su autosacrificio! Además, usted no sirve para este experimento. Lo que puede soportar su joven cerebro, resultaría

superior a las fuerzas del cerebro de Mijéev... No, debo ser yo y nadie más, no se puede hablar de otra persona. Si usted no se decide a ayudarme tendré que trabajar yo solo. Esto disminuirá las probabilidades de éxito, bueno, y también... aumentará el riesgo del experimento.

Ellos se quedaron un rato mirándose a los ojos mutuamente. Finalmente Lávrov se levantó, extendió la mano y dijo:

-Mañana en el instituto me dará usted su respuesta.

Cuando al día siguiente Nina entró en el gabinete de Lávrov, el viejo profesor miró atentamente a su rostro y, sin preguntarle nada, dijo: «Bien, magnífico», y la acompañó al laboratorio. Nunca en toda su vida Nina se había encontrado tan inquieta como ahora. Pero nada terrible sucedió. Todo resultó más fácil de lo que esperaba. Lávrov hacia mucho tiempo que había estudiado la naturaleza de las vibraciones electromagnéticas de su cerebro y el aparato estaba regulado de manera perfecta. El científico se puso en la cabeza el capuchón metálico, arregló los electrodos en sus sienes, alargó la mano hacia el interruptor, pero antes de conectar se dirigió a la joven:

-No está excluida la posibilidad de que de pronto me sienta mal. Entonces tendrá usted que ayudarme: desconectar el aparato, sacarme el capuchón y prestarme ayuda médica... Pero sus funciones no terminan aquí: la necesitaré en calidad de experimentadora. En cuanto yo gire el interruptor y las ondas eléctricas penetren a través de mi celebro, yo me convertiré en animal sometido a prueba y no más. Usted me observará y comunicará al dictáfono todo lo que note. Helo aquí delante suyo. Siéntese. Así, empezamos...

Nina comenzó a hablar con voz trémula por la emoción. Sus palabras quedaban inmediatamente grabadas en él finísimo alambre.

-Las diez y dieciséis minutos. El profesor Lávrov conecta el aparato. Su rostro está tranquilo. Sonríe. Dice que no experimenta ninguna alteración en el trabajo de su cerebro.

¡Diecisiete minutos! Todo sigue igual.

¡Diecinueve! Un movimiento de impaciencia en el sillón. Su rostro denota preocupación. ¡Veinte minutos! Su rostro se serena. Sonriendo, manifiesta que «parece que siente más fresco el cerebro». Empieza a recordar nombres olvidados, apellidos: «Aquél que vino hace unos siete días al Instituto cerebral. Aspirante. Aquel apellido tan largo...» Pausa de cinco segundos. «¡Skorobogátov! Y vino hace nueve días, y no siete... ¿Cómo se llamaba el enfermo que dimos de alta hace veinte días?

Pausa de tres segundos. «Vorobiév».

¡Veintidós minutos! «El cerebro trabaja rejuvenecido. Completamente rejuvenecido. Probaré de multiplicar veintidós por veintidós...» Pausa un segundo. «Cuatrocientos ochenta y cuatro». «Veintinueve por treinta y siete» Pausa de cuatro segundos. «Mil setenta y tres». «¡Es admirable cómo se despeja la cabeza! Ahora voy a escribir, Nina. Ven a esbozar algunas ideas...»

Saca la pluma, la libreta de notas y escribe con concentración. Las diez y treinta y un minuto. «Bien, por ser la primera vez ya es suficiente. Después lo leeré». Guarda la pluma y la libreta, desconecta el aparato, se saca el capuchón de la cabeza, comprueba su pulso. Me pide que le ayude a calcular la presión de la sangre. El pulso es normal. La presión un poco elevada, «como siempre...»

-Y bien, hemos terminado nuestro experimento -dice Lávrov mirando sonriente a Nina-. Sabe, incluso ahora me queda una sensación de frescor en mis ideas... Bien, voy a hacer mi visita a los enfermos, y usted mientras tanto conecte el

dictáfono a poca velocidad y copie todas sus palabras en este registro... Después de la visita pasaré por usted y nos dirigiremos a casa de Mijéev.

-¿A casa de Mijéev?

Nina se alegró, ella aún no había tenido ocasión de conoce este gran personaje.

-Claro está. El experimento ha dado resultado y no quiero retardar ni una hora más. Se comprende, es necesario gran prudencia: ¡Mijéev es mucho más viejo que yo! De momento llevaremos sólo el aparato para determinar el carácter de las ondas irradiadas por el cerebro de Mijéev.

Y salió alegre y animado.

«¡Cómo rejuvenece a la gente el éxito!» pensó involuntariamente Nina, y bajo el dictado de su propia voz empezó a escribir en el diario registro la marcha del experimento.

En la calle se había desencadenado una borrasca de nieve. Nina iba al lado de Lávrov y miraba pensativa a través de las transparentes paredes del electromóvil. Aparecían por un instante y se quedaban atrás casas, pinos y abetos plateados, arcos, columnadas, estatuas, torres... El coche penetró en el túnel de desvío, giró bruscamente a la derecha y entró en la autopista que va al Instituto de problemas físicos del académico Mijéev. A los lados de esta calzada de las afueras de la ciudad, se veían hermosos chalets rodeados de jardines, huertos y grandiosos invernaderos de frutas y verduras de la economía suburbana. Desde Aquí salen cada día de cualquier época del año caravanas de coches que abastecen a Leningrado de frutas, verduras y bayas.

En la autopista la circulación era insignificante y el conductor puso el coche a velocidad vertiginosa.

Lávrov descolgó el receptor del radioteléfono y llamó al administrador del instituto:

-Llegaremos dentro de quince minutos. Avise a la familia del profesor Mijéev. ¿El profesor Sugúbov no ha legado aún?

-La familia ya está avisada. Les esperan. El profesor Sugúbov hace un momento que ha llamado. Viene detrás de... ustedes.

-Ah, mira que tal -exclamó Lávrov y colgó el receptor-. ¿Nos viene detrás y no da señales de vida? Bueno, lo vamos a llamar nosotros. ¡Aló! ¿Leontiy Samóylovich?

-Yo -oyó Nina la voz de Sugúbov tan clara como si estuviera sentado a su lado.

-¿Qué es esto querido, no nos avisa de que viene detrás?

-¿Y por qué? Llegaremos y nos veremos.

-¿Cómo que por qué? Hablaríamos mientras: un concilio volante.

-Qué conversación a estas velocidades. Usted tiene chofer, pero yo conduzco solo.

-Pero si no hay ningún peligro -le persuadía Lávrov-. Antes ha llamado usted al instituto, ha soltado los mandos y no ha pasado nada: «el chofer automático dirigía...» ¿Qué le pasa?

-Póngase usted al volante y entonces le contestaré -replicó Sugúbov no muy amable.

-¡Qué mosca le ha picado! -refunfuñó Lávrov y desconectó el radioteléfono.

La carretera empezaba a subir. Por ambos lados se veía un espeso bosque de abetos. Las veredas abrían vistas sobre chalets estilo suizo, ingleses, blancas villas con columnatas, verandas y balcones.

-Entramos ya en la república de Mijéev -comentó Lávrov bromeando dirigiéndose a Nina.

El Instituto de problemas físicos estaba situado en una colina cubierta de bosque. Esto era toda una ciudad, en la construcción de la cual el gobierno no había economizado nada. Los laboratorios de bajas temperaturas, de presiones y tensiones superelevadas, de campos electromagnéticos y muchos otros ocupaban enormes edificios. Habían costado decenas de millones de rublos. Todo un ejército de científicos y experimentadores trabajaban en ellos.

A Mijéev no se le denegaba nada, y él no quedaba en deuda: en sus laboratorios habían sido creados microacumuladores de extraordinaria capacidad. Ellos habían promovido una verdadera revolución en el transporte y habían, economizado para la química sintética el precioso carburante líquido. En las anchas avenidas de la Unión Soviética aparecieron los primeros electromóviles silenciosos. En las plazas y autopistas, en lugar de las estaciones de servicio con sus surtidores para repostar de carburante los depósitos de los automóviles, surgieron pequeños quioscos con diminutas «pastillas de chocolate» y «paquetes de cigarrillos» acumuladores con energía para muchas horas de trabajo de los electromóviles. Después nacieron los silenciosos electroautobuses y electroplanos. Los mecanismos de los motores y su manejo se simplificaron. Y no todo había terminado aún: los microacumuladores encontraban nuevas y nuevas formas de agilización...

Con ayuda de sus más próximos colaboradores, Mijéev revolucionó prácticamente el problema de la transmisión de la energía eléctrica a grandes distancias sin necesidad de cables. Él había creado un tipo de generador completamente nuevo con un sencillo disco metálico en vez de motor, sin ningún bobinaje. La fabricación de generadores se simplificó extraordinariamente, y por consiguiente, los abarató. No poco habían hecho los demás científicos que trabajaban en el instituto.

Uno de los ayudantes de Mijéev, el joven y talentoso Malínin, había inventado nuevos fotoelementos con un tal alto coeficiente de rendimiento, que la utilización industrial de los mismos como motores habían recibido una amplia divulgación. Otro de los empleados de Mijéev había logrado crear en la tierra una «materia superpesada», que había revolucionado la técnica. Un tercero creó metales sin peso «voladores», que impusieron cambios radicales en todas las ramas del transporte y de la construcción. Un cuarto inventó un nuevo tipo de motor solar.

En la democrática «república científica de Mijéev», cada uno ganaba según sus méritos y nadie se ahogaba en los rayos de la celebridad del científico de fama mundial. Pero sin embargo, toda una serie de descubrimientos e inventos de gran valor efectuados en el instituto en verdad pertenecían al mismo Mijéev.

En los últimos tiempos Mijéev había llegado a la cima de su actividad creadora: la posesión de la energía interior del átomo. Mano a mano con sus fieles ayudantes, él tenazmente y seguro se dirigía hacia su objetivo, dirigiendo la fuerza de su extraordinaria inteligencia y el ingenio de sus órdenes colaboradores contra la dureza de la más sólida e inaccesible fortaleza, la naturaleza.

El mundo entero seguía con interés su lucha enconada, titánica.

Y en este preciso momento la naturaleza, como si quisiera guardar su gran secreto, atacaba con este golpe destructivo al comandante del ejército científico: Mijéev empezaba a ceder ante la vejez. Sus fuerzas decaían con rapidez.

-¿Tendrá tiempo el gran sabio de llevar su tarea hasta el fin?

Pronto se le hizo difícil a Mijéev trasladarse de una parte a otra de la estación científica, bajar a los sótanos, subir las escaleras. Mijéev pidió ayuda a los médicos. Empezó la gran lucha centra la vejez del célebre académico. El gobierno cedió para estos fines fondos especiales.

Las habitaciones de Mijéev se unieron con los laboratorios situados en edificios aparte por medio de pasajes cubiertos y ascensores especiales. Mijéev pudo de nuevo, sin moverse de su cómodo sillón eléctrico, frecuentar todos los rincones de la villa científica. En aquellos momentos su cabeza aún estaba fresca, en su débil cuerpo se encerraban aún no pocas energías. La voz apagada del sabio se oyó de nuevo en todos los laboratorios.

Entre los jóvenes había muchos eminentes y excepcionalmente dotados experimentadores.

El viejo académico gustaba sobre todo de compartir con ellos sus nuevas ideas. El trabajo en el instituto empezó de nuevo a todo rendimiento.

La vivienda del académico fue convertida en una especie de sanatorio. Para que la casa no se calentara demasiado en verano, una brigada de jóvenes ingenieros revistió las paredes con plecas metálicas en forma de escamas de pescado. Una cara de las placas era blanca, pulida y brillante, la otra era oscura y mate. Estas placas en invierno se giraban hacia el sol por su cara oscura para la mayor absorción de los rayos caloríferos; en verano, la blanca y brillante, para reflejarlos. El tejado de la casa lo hicieron completamente plano y lo cubrieron con una capa de agua de cincuenta centímetros de espesor. En verano el agua absorbía los cambios térmicos y en invierno, al helarse servía como excelente aislante del frío.

Gran atención se había puesto en la instalación de aire acondicionado en el interior del edificio. El aire se renovaba continuamente, se limpiaba del polvo, se lavaba, se pasaba a través de filtros especiales de electricidad estática para la destrucción de la ionización nociva de las moléculas del aire y, finalmente, se calentaba. Según el deseo de Mijéev el aire en un minuto podía ser embriagado con el aroma del mar, de un campo en flor o de un bosque de pinos.

Los médicos habían llegado al acuerdo de que el silencio absoluto le era necesario a Mijéev tan sólo en las horas de trabajo intelectual, y que en las horas de descanso el trabajo de los nervios y cerebro del científico era necesario mantenerlos con estimulantes sonoros, luminosos y otros, todos ellos bien combinados.

Además, los músculos de Mijéev debían trabajar sin falta.

Los jóvenes ingenieros se las arreglaron para solucionar esta difícil tarea empleando los avances del cine y de la radio. Mientras las piernas de Mijéev no estuvieron muy debilitadas, efectuó paseos bastante largos e interesantes «sin moverse de sitio». Bajo sus piernas en movimiento se movía despacio e imperceptiblemente un transportador hacia el lado opuesto. A Mijéev le parecía que paseaba por la orilla del mar. Veía el lejano horizonte, yates, el movimiento de las nubes, el tornasolar de las manchas azules y verdes de la superficie del agua, oía el ruido de la resaca, el susurro de los guijarros en la arena, y aspiraba a pleno pulmón el fresco aire marino. Suaves brisas acariciaban su rostro.

Algunas veces «se dirigía» al bosque de pinos, «subía» a pequeños montículos - esto era necesario para fortalecer el trabajo del corazón- y observaba los alrededores.

El científico «regresaba» de estos paseos fresco, animado y con excelente apetito.

Pero los paseos «a pie» se hacían cada vez más cortos. Llego un día en que Mijéev manifestó que le fatigaban incluso los recorridos por el instituto sentado en su sillón, y sobre todo en el ascensor. A pesar de subir y bajar muy despacio, Mijéev aseguraba que éstos le afectaban al corazón. De nuevo fue necesario pedir ayuda a la técnica. Se instaló una red de televisores receptores y transmisores en

todos los laboratorios, ante todos los aparatos y en la sala de conferencias. Mijéev continuó «estando en todos los lugares» y dirigiendo los trabajos desde su gabinete sin levantarse de su sillón.

La dirección del científico durante este tiempo era ya de poca utilidad. Se confundía, olvidaba, cometía equivocaciones. Pero sus colaboradores procuraban disimular. Le escuchaban con la misma atención y no se lamentaban si reñía a Pedro en vez de a Juan, u ordenaba aquello que hacía tiempo estaba hecho. Ellos amaban y respetaban demasiado a su viejo maestro y amigo.

Los médicos seguían luchando con creciente interés por la salud de Mijéev.

Pero la vejez destruía inexorablemente el genial cerebro.

Llegó el día en que Mijéev se olvidó por completo de su propio nombre y manifestó que a él no le interesaba en absoluto seguir estudiando no sé qué átomos. Mucho mejor prefería degustar unas buenas papillas con confitura de fresas.

Y su trabajo estaba ya muy cerca del final. Los empleados del instituto, desde el subdirector hasta el más joven auxiliar vivieron días y horas de profundo pesar...

La nieve cesó de caer. Entre los claros de las nubes empezaron a verse manchas azules de cielo. Un coche llegó a la colina. Los pinos se abrieron dejando ver la fachada gris marmórea del cuerpo principal del instituto. El largo edificio era dividido en partes por tres enormes nichos que llegaban a la altura del tercer piso. En el nicho central había la puerta de entrada para peatones. Hacia los nichos de los lados y a la altura del segundo piso, a través de toda la plaza se elevaban puentes calzada para coches, parecidos a lienzos colgantes en el aire.

Los electromóviles entraron en el nicho del desvío de la derecha, viraron a la izquierda y se detuvieron en la entrada principal a la altura del segundo piso. El chofer ayudó a sacar el cajón con el aparato de Lávrov y a ponerlo en el transportador. Podían estar ya tranquilos de que la caja escribiesen la etiqueta «Habitaciones particulares del académico Mijéev» llegaría a su destino.

Desde la plazoleta en la que se apearon los recién llegados, divergían hacia diferentes lados escaleras mecánicas y ascensores. Además, aquí se encontraba la estación de transporte «horizontal» del interior del edificio. Lávrov, Sugúbov y Nina se sentaron en un diván de piel que se puso en camino por los pisos y corredores del instituto, hasta que se paró ante una puerta con una sencilla tablilla en la que se podía leer: «Simeón Grigórevich Mijéev».

-¡Aló! -gritó Sugúbov, y el «sirviente» mecánico abrió la puerta. En la gran antesala había dos personas cerca de la caja de Lávrov, un hombre robusto calvo con grandes anteojos vestido con un buzo gris-plateado, y una mujer de edad avanzada con un vestido del mismo material. Lávrov y Sugúbov les saludaron amigablemente y presentaron a Nina. Eran la enfermera y el sanitario. Luego entró en la antesala un joven vestido en traje marrón claro con la chaqueta abrochada hasta el cuello. Era el médico de guardia. Él acompañó a los recién llegados a la habitación contigua, una estancia circular y blanca como el interior de una olla esmaltada. El médico se paró ante un tablero de mandos. Se oyó un chasquido y un ruido sordo. Desde arriba se precipitó una cascada de rayos visibles e invisibles que desinfectaron las ropas y partes descubiertas de los visitantes. Sólo después de esto fue permitido a Lávrov, Sugúbov y Nina dirigirse a las habitaciones interiores.

-¿Quién está en casa? -preguntó Lávrov al médico.

-Como siempre sólo Anna Semiónovna.

Con Mijéev vivía inseparablemente desde el día de su nacimiento su hija mayor. Ella había cursado tres facultades de la universidad y dos institutos, y sin embargo, no había podido escoger profesión para sí. No se había casado para poder estar siempre cerca de su amado padre. Durante los últimos decenios, esta mujer un poco sorda y de sesenta y cinco años de edad era la fiel ayudante, y secretaria particular del gran científico.

Mijéev en la plenitud de sus fuerzas fue una persona de amplísimos y variados intereses y al mismo tiempo de gran orientación hacia un fin determinado. Esto había puesto un sello en su vivienda.

El eje de la vida de Mijéev fue el trabajo científico, a él había sometido todo el ambiente de lo que le rodeaba. Nada debía estorbar en el logro del principal objetivo. Al revés, todo debía ayudar y contribuir a éste. El trabajo estaba calculado para decenas de años. O sea que era necesario vivir lo más posible, y para esto hacía falta un severo régimen. Y Mijéev se había sometido a este régimen.

Nina y sus acompañantes habían ya traspasado cuatro habitaciones. Su adorno y moblaje daba a la casa un carácter frío, de museo. Las paredes, techos y suelos eran esmaltados en colores de tonos suaves y dibujos artísticos. En las ventanas, puertas y paredes no colgaba nada: ni cortinas, ni cuadros, ni estanterías. Y sin embargo, las habitaciones estaban llenas de cuadros, vasijas y esculturas de artistas célebres. Pero todos estaban situados en nichos a propósito de las paredes, cubiertos al nivel de las mismas por cristales de extraordinaria transparencia.

Había muy pocos muebles. A excepción de las mesas con su tradicional superficie horizontal, todo lo demás, sillones, armarios libreros, el bufete en el comedor, tenían formas aerodinámicas. En los armarios y bufetes cúpulas esferoidales o elípticas no habían cornisas de ninguna clase, ni planos horizontales, ni nichos. Incluso los antepechos de las ventanas eran de forma redondeada. A su paso, Nina tropezó ligeramente con el codo en un gran armario con libros y tuvo una gran sorpresa al ver que éste inesperadamente se movió hacia el lado opuesto en más de un metro.

Lávrov sonrió:

-Aquí todos los objetos son como en la pista de patinaje: en cuanto los tocas se van. Esto se ha hecho especialmente para facilitar la limpieza. Además de que el aire que se da a las habitaciones es purificado y esterilizado y las estancias se limpian dos veces al día.

-¡Sí, sí no solo las paredes y armarios, sino también los sillones y divanes! Se lavan y luego se secan con aire caliente. Gracias a esto no podrá usted hallar en este aire ni una partícula de polvo, ni una sola bacteria.

Leóntiy Samóylovich tomaba repetidamente pruebas del aire.

-Como en el polo Norte -asintió Sugúbov.

Al entrar en el gabinete Nina no vio en seguida a Mijéev. En la pared de la izquierda, cerca de una gran ventana estaba la mesa escritorio. En ella no había absolutamente nada, En su superficie brillante de color verdoso como el agua de un estanque, se reflejaba la alta ventana de un solo cristal y una gran vitrina con modelos de «cañones» eléctricos que Mijéev había inventado uno tras otro para el bombardeo del núcleo del átomo. En la segunda estantería desde arriba de la vitrina, Nina reconoció las formas de un aparato que al ser inventado unos años atrás había sido publicado en todas las revistas y periódicos del mundo.

El célebre motor que utilizaba como fuerza motriz los rayos cósmicos. De momento tenía solamente interés teórico pero prometía convertirse en el futuro

en un nuevo caudal de energía inagotable. ¡Oh, si Mijéev no fuera tan viejo y pudiera continuar trabajando en él...! Se escribía mucho sobre cómo vivía y trabajaba Mijéev. Pero no le extrañó la falta de libros en su gabinete. Se sabía que Mijéev recibía cualquier libro que necesitara por correo neumático unos minutos después de haberlo pedido por teléfono. En la mayoría de los casos recibía la imagen de las páginas que necesitaba en una gran pantalla de su gabinete.

Todo el ángulo de la habitación entre la ventana en la pared izquierda y la puerta de entrada lo ocupaba un largo diván de forma ovalada. Aquí Mijéev invitaba a sentarse a los más queridos y talentosos colaboradores científicos y examinaba su trabajo, compartía con ellos sus ideas geniales. Pero todo esto pertenecía al pasado. Hacía mucho tiempo que Mijéev no pedía ningún libro, habían cesado las consultas el diván ovalado.

El gabinete consistía en una pieza rectangular alargada; la pared en frente de la puerta de entrada en su parte derecha era como cortada formando otra habitación o profundo nicho, en los lados del cual se elevaban dos blancas columnas de estilo dórico.

A esta habitación se dirigieron Lávrov y Sugúbov, y detrás de ellos Nina.

Ella vio dos respaldos de sillones inclinados hacia atrás, sintió el calor de los rayos de un sol invisible, le dio en el rostro una brisa marina, oyó el rítmico ruido de la resaca, y, finalmente vio en la profundidad del nicho al mismo mar. Claro, esto era solamente óptica y técnica combinadas, pero por lo inesperado la ilusión fue aún más fuerte. Nina se quedó mirando el océano olvidándose del mismo académico. Mientras que Lávrov y Sugúbov estaban ya saludando a Mijéev y a su hija.

¡He aquí al célebre Mijéev! A primera vista no le pareció a Nina un débil viejete. En su cabeza llevaba la «histórica» gorrita de seda negra conocida por los retratos. Los bigotes canosos, el mentón afeitado, la nariz recta, los ojos, vivos aún, pero un poco soñolientos... Con notable dificultad elevó la mano derecha y la extendió a Lávrov, luego a Sugúbov sin que su rostro mostrara sonrisa ni expresión alguna. Por lo visto no les reconocía a pesar de que ellos le visitaban por lo menos dos veces al mes. Lávrov presentó a Nina. Pero Mijéev elevó los ojos en este instante, miró las capiteles y dijo:

-Me gusta este gabinete. Desearía tener uno igual.

Luego su mirada cayó en Nina. De pronto extendió sus manos hacia ella y exclamó.

-¡Támara! Qué bien que hayas venido. Agáchate, quiero besarte en la mejilla.

Nina se turbó, pero rápidamente se inclinó hacia él y el viejecito la besó.

-La ha tomado por Támara, su nieta preferida -aclaró la hija de Mijéev.

Al oír la voz de su hija Mijéev se volvió hacia ella, alargó la mano indeciso y dijo:

-¿Me parece que nos conocemos?

-Bueno, ya está bien, papá -respondió la hija estrechando su mano con triste sonrisa-. Así pasamos las horas y los días, nos calentamos al sol y dormitamos con el rumor de la resaca. Y no le interesan ya las películas. Dice que las nuevas impresiones le fatigan -dijo Anna Semiónovna dirigiéndose a Lávrov.

Éste explicó los motivos de su visita.

-Bien está... A papá no hay por qué preguntarle -respondió la hija de Mijéev-. Ustedes mismos ya ven en qué estado se encuentra. Hagan todo lo que sea necesario, sólo que con prudencia. Bárbara Elvovna e Iván Constantínovich les ayudarán -dijo señalando a la enfermera y sanitario. El gabinete de Mijéev no reunía condiciones de laboratorio: las paredes y techo no estaban aislados, y

además en la habitación había algunos generadores cerebrales. Por esto Lávrov no se decidió a tomar las ondas eléctricas del cerebro de Mijéev en la antena y trajo para más seguridad el casquete.

Mijéev refunfuñó un poco e incluso agitó la cabeza mientras le sacaban el bonete de seda y la cubrían con el casquete del aparato. Luego se tranquilizó y empezó a dormitar.

Debido a que era necesario que el cerebro de Mijéev manifestara la mayor actividad posible, Lávrov pidió al sanitario que enfocara al científico con un chorro de aire fresco. Mijéev frunció el ceño y entreabrió los ojos. Lávrov inmediatamente empezó a relatar en voz alta sobre el último experimento científico realizado por el mejor alumno y sustituto de Mijéev, el académico Naúmov y el joven científico Malínin, continuadores del trabajo de Mijéev en la obtención de la energía interior del átomo. Lávrov hizo gala de todo su talento oratorio y agudeza para interesar a Mijéev. Y parecía que lo había conseguido. El rostro de éste se reanimó, incluso intentó preguntar algo. Se asemejaba a una persona que luchaba denodadamente por despertar. Pero... el sueño venció, Mijéev cerró los ojos y musitó:

-Qué desagradable este viento que sopla del mar...

Lávrov se quejó con disgusto y murmuró sin bajar mucho la voz:

-Parece que de él no vamos a sacar más.

Le quitaron el casquete de la cabeza y se llevaron el aparato. Lávrov, Sugúbov y Nina se despidieron de la hija del científico -éste continuaba durmiendo- y salieron.

En la antesala el aparato ya estaba encima de la mesa ovalada. Lávrov se acerco a ella:

-¡Sería interesante ver el cerebrograma de Mijéev!

Sugúbov agitó la mano con movimiento de desespero:

-¿Es que esto es acaso el cerebro de Mijéev? Éstos son sólo los restos de un gran edificio. ¡Qué espectáculo más lastimoso!

-Usted se desanima muy pronto, Leontiy Samóylovich -protestó Lávrov-. No todos los procesos deben ser obligatoriamente no retrocesivos...

-¿Así que según usted, también el marasmo senil de Mijéev es un proceso que puede hacerse retroceder? -objetó mordaz Sugúbov.

-Yo no afirmo que la vejez patológica sea un proceso retrocesivo. Pero podemos...

-Tarde, tarde, Iván Alexándrovich. Usted ya sabe que yo me inclino más por la profiláctica. La ortobiosis, un correcto modo de vida debe asegurarnos una vejez animosa, normal, sin pérdida de la memoria y...

-¿Pero es que Mijéev llevaba una vida incorrecta? -exclamó Lávrov-. ¿Acaso no fue usted mismo quien elaboró su régimen de vida?

La discusión entre los «amigos-rivales» hubiera ido muy lejos a no ser porque la atención de los científicos fue atraída por la cinta que Nina, mientras tanto, había extraído del aparato. En la cinta se veía la curva del trabajo del cerebro de Mijéev.

-¡Mire, mire! -se dirigió Lávrov a Sugúbov ya en tono completamente amigable-. Esto es algo excepcional.

En la cinta se veía al comienzo un débil rasgo vibrante, La oscilación de los zigzags, o sea la amplitud de las vibraciones, «pulsaciones», era completamente ínfima, casi inapreciable a simple vista. Esto caracterizaba la flojedad del trabajo cerebral de Mijéev... Pero, de pronto, esta delgadísima línea en algunos lugares parecía como si de pronto hubiera hinchado. La amplitud de algunas oscilaciones era tan grande que se salía de los límites de la cinta.

-¡He aquí el vuelo del genio! -dijo Lávrov con voz apagada por la emoción del momento. Algo semejante experimenta seguramente el sismólogo al estudiar un sismograma extraordinario. En los zigzags que nada dirían al profano él ve claramente las explosiones de grandes fuerzas de la naturaleza.

-¿Recuerda usted el momento en que conseguí reanimar la atención de Mijéev? ¿Es aquí, ve? Y aún su cerebro en este momento no trabajó con toda su potencia. Esto indica que la fuerza del pensamiento existe aún, sólo que se ha debilitado y está como dormitando... Y usted dice: «Es un proceso no retrocesivo». Yo afirmo categóricamente que si al cerebro de Mijéev se le proporcionan «muletas», o sea, se le alimenta artificialmente con electricidad, con estas muletas aún andará...

Sugúbov quedó pensativo. Sí, bajo las cenizas de la vejez aún humea el fuego del pasado. ¿Quién sabe, puede ser que verdaderamente sea aún posible avivarlo en llama luminosa?

-Yo seré el primero en felicitarle si lo consigue -dijo finalmente Sugúbov-. Aunque creo que será éste un experimento bastante arriesgado. Serían necesarias experiencias previas. ¿Pero en quién? ¿En animales? No serían significativas. ¿En personas? Inadmisibles.

-¡Ha hecho tarde, Leontiy Samóylovich! Ya he verificado varios experimentos en animales y, crea usted, bastante significativos... He experimentado también en una persona...

-¡Cómo! ¿Se atrevió? -exclamó Sugúbov con agitación-. ¿Y quién es este infeliz con el cual usted...

-Yo mismo. ¡Sí, yo mismo soy este feliz mortal! -declaró Lávrov triunfante.

-¿Usted?

-Sí, yo. Ahora ya se puede hablar de esto... Yo creo que cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo...

-Sí, pero...

-Perdone, Leontiy Samóylovich: ya sé por anticipado de todos sus «peros», pues al mismo tiempo son mis «peros». Yo soy más joven que Mijéev, es el primero. Y lo que puede resistir mi cerebro puede que no lo aguante el de él. Segundo, los índices cualitativos del cerebro de Mijéev también son completamente distintos de los míos. El actual cerebro de Mijéev está por debajo del nivel cualitativo del mío. Pero en sus vuelos geniales... En el bajo nivel actual, el cerebro de Mijéev en trabajo irradia vibraciones electromagnéticas tan débiles que casi no las capta este aparato supersensible. Pero durante los rayos de luz de la pasada lucidez este extraordinario cerebro elabora una potencia eléctrica superior casi en diez veces a la potencia de los «generadores cerebrales» del hombre medio. Nosotros debemos dar al cerebro de Mijéev el equivalente a la energía eléctrica que antiguamente elaboraba este singular cerebro por si mismo. Este equivalente será incluso mayor, que el de un caballo o elefante comparada la dosis con la potencia eléctrica del cerebro humano medio. La pregunta es: ¿Resistirán las desgastadas células cerebrales de Mijéev? Pero dar una dosis menor significa no elevar el trabajo del cerebro de Mijéev hasta la potencia necesaria que había tenido anteriormente.

-¿Y qué es lo que se propone hacer? -preguntó Sugúbov.

-Continuar los experimentos.

-¿Consigo mismo?

-¿Para qué conmigo? Esto no tiene sentido. Un nuevo experimento demostrará algo sólo en el caso de que se efectúe en un viejo caduco con un estado de idiotez como el de Mijéev... Si este cerebro resiste la dosis máxima de energía eléctrica, también lo resistirá el de Mijéev.

-¿Pero es que usted quiere...? -exclamó Sugúbov aterrorizado.

-Yo no quiero nada. Yo sólo he dicho qué clase de experimento podría ser enteramente demostrativo -objeta rápido Lávrov-. No pretendo arriesgar la vida de nadie... Además, con las precauciones necesarias y lógicas el riesgo puede ser mínimo. Para el experimento se pueden escoger primeramente viejos animosos, luego más y más caducos, y aumentar la dosis de energía eléctrica con gran cautela y puntual sucesión. En este caso, yo supongo que ningún daño serio sufrirá la salud de los sometidos a la prueba.

-Puede ser que tenga usted razón -dijo sin gran convicción Sugúbov-. Sin embargo le ruego que antes de efectuar la prueba con Mijéev me dé a conocer los resultados de los experimentos anteriores.

-¿Un control? ¡Lo acepto de buen grado! -exclamó Lávrov-. ¡Así será! Ahí está mi mano para confirmar mis palabras. -Y extendió la mano a Sugúbov.

La vida precisa del Instituto de Medicina Experimental se vio muy pronto turbada. De la clínica habían desaparecido dos enfermos, Kudriávtsev y Gólubiev. Todo el instituto se había movilizado en la búsqueda de los dos viejetes, y por fin fueron encontrados en un lejano sector del parque de cultura y descanso. Los dos habían demostrado por igual durante varios días una extraña excitación y una rara debilitación de los procesos de freno propios de sus desgastados organismos.

Observando a los enfermos, Nina seguía también controlando todos los actos de Lávrov. A ella le parecía que él sabía de las causas que habían motivado la desviación de la norma psíquica de los dos enfermos, pero las ocultaba. «¿Será posible -se preguntaba-, será posible que Lávrov, a pesar de haber empeñado su palabra haya empezado secretamente sus peligrosos experimentos?» Nina recordó la definición clásica de la actividad nerviosa superior:

«Esto, es la fuerza de los dos procesos nerviosos principales: excitación y retención; luego, la correlación de estas fuerzas entre sí, trae el equilibrio y, finalmente, la movilidad de ellas. Estos puntos, de un lado forman la base de los tipos de actividad nerviosa superior, y estos tipos juegan un gran papel en la génesis de las enfermedades nerviosas y las así llamadas del espíritu; por otro lado, representan cambios característicos en el estado patológico de esta actividad.»

Así escribió el gran Pávlov. De esta inquebrantable tesis científica resulta que la electrificación del cerebro debe llevar al estado patológico. A pesar de todo, Nina decidió no pedir explicaciones a Lávrov y no hablar de sus sospechas con Sugúbov.

El mismo día en que Kudriávtsev y Gólubiev volvieron por fin a su estado normal, los sanitarios sacaron del laboratorio «W» el cadáver de Surkóv, un miserable y caduco viejete que hacía muchos meses se encontraba residiendo en el instituto. Nina entró en el laboratorio cuando levantaban a Surkóv del suelo. Una sola mirada a Lávrov, al sillón, a los cables y al cuerpo del desgraciado fueron suficientes para comprender lo que había sucedido.

Lávrov, pálido, miraba severamente a un punto fijo. Parecía que él quisiera retar a Nina a una áspera disputa. Y de pronto ella comprendió que no sólo Surkóv, no sólo; Gólubiev y Kudriántsev, sino que también el mismo Lávrov era víctima de su pasión experimentadora.

«Ha electrizado su cerebro y no puede controlar sus deseos. No puede razonar», pensó con horror. Ella musitó no sé qué frase y salió rápidamente sintiendo un gran alivio al cerrar tras sí la pesada puerta de acero del laboratorio «W».

«Hay que hablar con Sugúbov, ver en seguida a Sugúbov», decidió Nina, aún

sabiendo que el profesor estaba descansado lejos de la ciudad...

El aerotaxi volaba bastante bajo. Los bosques cubiertos de escarcha se iluminaban bajo los rayos del sol del atardecer. Nina abrió la ventana, el aire húmedo, fresco, acarició su rostro. En todo se sentía la cercanía de la primaveral, apareció una colina cubierta de bosques, un lago, y en su orilla una casa rodeada de jardines.

El piloto se inclinó otra vez sobre el mapa y dirigió el avión hacia la casa del lago disminuyendo poco a poco la velocidad.

Sugúbov acompañó a Nina a la casa construida con gruesos troncos que recordaba las antiguas construcciones campesinas noruegas.

-He aquí mi salón-comedor -dijo Sugúbov.

Nina miró con curiosidad la amplia pieza, la gran mesa, sillas abiertas con patas talladas, el diván y los pequeños armarios de madera tallada, todo rústico. De las paredes colgaban escopetas, morrales, anzuelos e ingeniosos aparejos de pesca. En el ángulo, en una gran chimenea-hogar ardían unos troncos. Sobre el fuego pendía una tetera de cobre.

-Siéntase como en su casa -continuó Sugúbov-. Ordinariamente no permito entrar aquí a las personas que vienen a hablarme del trabajo. Usted será una excepción. Aquí yo sólo descanso. Por todos lados bosque, espacio. El vecino más cercano es el constructor de naves Klimov. Su cabaña se encuentra en la otra orilla del lago. Muchas veces cazamos juntos.

-Y además, ¿qué hace usted aquí?

-Descanso, descanso y descanso -respondió Sugúbov-. Para trabajar bien es necesario saber descansar.

-¿Esto también entra en su ortobiosis?

-Obligatoriamente. La ortobiosis es la vida correcta, o sea la vida natural según las leyes de la Naturaleza y cerca de ella. Y esto es posible incluso para nosotros, los que vivimos en la ciudad. Electromóviles, aerotaxis, todo esto es estupendo. ¿Pero por qué no cabalgar en un buen caballo las tardes de invierno por los caminos de los bosques o por el campo libre?

-¿Cómo, usted...?

-Pues sí, soy un gran amante de los caballos. Y tengo una magnífico par. Iremos a pasear sin falta. Pero bueno, primeramente a por lo que ha venido. Dígame qué es lo que ha sucedido.

Sugúbov escuchó el relato de Nina sentado cerca del hogar en un sillón de madera.

-Pobre amigo... Sabe, nosotros vigilamos nuestra salud el uno al otro. Y a mí me parecía que conocía todos los secretos de su naturaleza física y de su actividad nerviosa superior...

Sugúbov se quedó profundamente pensativo. Nina también se calló para no estorbarle en su concentración.

Como si razonara consigo mismo dijo por fin Sugúbov:

-Mañana mismo habrá que apartarle del trabajo con prudencia. Inventaremos una urgente comisión de servicios. Será necesario que vaya yo también para observarle. Es posible que podamos fortalecer su debilitado freno y logremos restablecer la relación normal de los dos procesos.

Sin embargo, Sugúbov no pudo realizar estos planes Cuando al día siguiente llegó al Instituto de Medicina Experimental le comunicaron con alarma que Lávrov y Nina habían desaparecido. Por la tarde ya estaba claro que el profesor y su asistenta no se encontraban en Leningrado. A pesar de lo insólita que le

parecía en principio a Sugúbov la idea de que Lávrov hubiera raptado a la joven y se hubiera escondido temiendo que le privaran de continuar sus experimentos, esta idea iba apoderándose de él a cada hora que transcurría.

Iván Alexándrovich Lávrov había en efecto arrastrado a Nina en su viaje, y efectivamente se alegraba de que de esta manera no daba a Nina la posibilidad de intervenir contra su experimento. Pero la decisión de efectuar el viaje surgió sólo a causa de que su antiguo amigo Glébov, jefe de la flotilla ártica de submarinos, le había mandado un radiograma urgente en el que pedía a Lávrov se desplazara para operarle.

Al regresar de la visita a Sugúbov, Nina se encontró que la llamaba Lávrov y, como si en la víspera no hubiera sucedido nada, le habló con voz suave y concentrada:

-Tengo gran necesidad de su ayuda y tengo la esperanza de que no me la negará usted. He recibido un radiograma en el que me comunican que se está muriendo mi mejor amigo. Es necesario operarle. El éxito de esta intervención depende en parte de usted: yo ya me he acostumbrado a trabajar con su ayuda, tiene manos hábiles y comprende a media palabra lo que hay que hacer. Nuestro viaje será breve. Puede ser que regresemos hoy mismo al atardecer, en último extremo, mañana temprano.

-Volamos -respondió Nina.

No podía ella responder otra cosa; era necesario no dejar marchar a Lávrov solo, y sobre todo cuando al parecer intenta realizar una difícil operación. ¿Quién sabe cómo puede cambiar su humor en el camino y a qué resultado puede llevarle?

A las dos horas de viaje empezaron a notarse ya estos cambios. Lávrov frunció el ceño, se puso las manos en las sienes y finalmente manifestó:

-Aquí en esta caja llevo el aparato transportable para la electrización... Es necesario refrescarme el cerebro. Usted seguramente no sabía que yo a menudo recurro a él.

Nina, de momento, quedó indecisa, luego respondió:

-Lo sabía, Iván Alexándrovich.

-¿Es verdad? -preguntó él mirándola burlesco y al mismo tiempo con cierta dosis de miedo-. ¿Así que usted me espiaba? Pero si me encerraba en el laboratorio...

-No, Iván Alexándrovich, no le espiaba, pero su carácter... cambió tan bruscamente, empezó a realizar actos tan impropios en usted...

-¡Sí, claro! -exclamó Lávrov, irritado-. ¿Quiere decir que debido a la electrización de mi cerebro me estoy volviendo loco...? Ayúdeme. Los acumuladores son pequeños, pero extraordinariamente pesados.

-No le voy a ayudar.

-¿Por qué?

-¡Pues porque la electrificación lo está perdiendo!

Lávrov se agachó ante la caja y abriéndola cuidadosamente murmuró:

-¡Testaruda! Sin electrización puedo sucumbir aún más pronto. Mi cerebro ya se ha acostumbrado a ella como a un narcótico. Si no recibo la dosis acostumbrada vendrán las reacciones, un profundo sueño o algo peor. ¿Y qué sucederá si durante el vuelo acontece algo imprevisto? Los mandos automáticos en algunas ocasiones no pueden reemplazarnos.

-Enséñeme a dirigirlos.

-No es tan sencillo -replicó Lávrov-. Además, no olvide que debo realizar una

complicada operación. Del estado de mi cerebro depende la vida de un ser humano.

Con estos argumentos no había más remedio que estar de acuerdo. «Incluso la utilización de narcóticos no se puede cortar bruscamente», convenía para sí Nina mientras sin querer ayudaba a Lávrov.

Cuando la electrización del cerebro terminó, Lávrov respiró ruidosamente y echó la cabeza hacia atrás.

-¡Ya ve! ¡Ahora me encuentro estupendamente! Mis ideas son claras y ligeras.

-No comprendo muy bien cómo actúa la electrización -dijo Nina-. Si el trabajo del cerebro se hace más fácil al recibir energía eléctrica del exterior, entonces el reforzamiento de la actividad cerebral debe suceder sólo durante el período que recibe la electricidad artificialmente. Mas con la interrupción de ésta el trabajo del cerebro, al menos como impresión subjetiva debería empeorar. Sin embargo parece que usted encuentra...

-Sí, así sucede -interrumpió Lávrov a Nina-. El por qué así sucede no está claro aun ni para mí, pero la acción de la electrización del cerebro tiene carácter prolongado. ¿Es que de lo contrario hubiera yo recurrido a la electrización? Precisamente debido a que la acción era duradera, y la sesión de cinco minutos era suficiente para todo el día yo empecé a utilizarla sistemáticamente. No piense que me he convertido en cualquier electronarcómano. Cuando considere que la experiencia ha terminado y devuelva la memoria a Mijéev, entonces me someteré al electronarcosis; dormiré y despertaré como si nada hubiera pasado.

«Así es como será necesario curarle», pensó Nina y de pronto recordó que no había dejado ninguna nota a Sugúbov sobre su marcha. Seguramente lo habría hecho Lávrov.

-¿Espero que en el instituto sabrán de nuestro viaje? -preguntó Nina.

-¿Qué? ¿Para qué? -estalló Lávrov y de pronto se puso a chillar-: ¡Yo dispongo de mí mismo! ¡Y de usted! ¿Comprende?

Nina se encogió de hombros y, esforzándose para no revelar su agitación ante Lávrov conectó la pantalla del «teleojo».

Una espesa y abigarrada red de canales se entrecruzaba en todas direcciones.

La potente pantalla transmitía el paso de la nave por el cruce de dos canales. Innumerables trenes parecidos a monstruosos lagartos, iban por vías extraordinariamente, anchas brillando las ventanillas de sus dos pisos. Por encima de estos trenes, a la altura de unos cien metros, se deslizaban otros más ligeros sostenidos por esbeltas estacadas.

Por las autopistas corrían veloces largas filas de trenes sin raíles y automóviles. La nave de Lávrov subía o bajaba levemente, viraba para esquivar a otras naves, algunas de tamaño gigantesco, que iban a su encuentro por el océano aéreo. De esta operación se encargaban los ojos de aguda e incansable vista: los fotoelementos del piloto automático.

En el campo de vista del «teleojo» entró una ciudad volante convertida en instituto científico. Allí se llevaba a cabo un intenso y variadísimo trabajo científico sobre astronomía, meteorología, aerología y biofísica. ¡Qué interesante debía ser la vida en esta ciudad volante bajo el cielo perpetuamente despejado! Antes Nina había soñado con poder ver esta extraordinaria construcción de la época, pero ahora le preocupaba tanto la idea del comportamiento de Lávrov y su propia imprudencia al consentir en acompañarle, y que ahora se tornaba en algo parecido a encontrarse prisionera, que miraba con indiferencia la cúpula del observatorio y los «minaretes», torres con aparatos científicos, que daban a la ciudad un carácter oriental.

La ciudad aérea quedó atrás.

Nina se levantó sigilosamente y entró en la sala de aparatos. Lávrov no le dijo nada. La estrecha puertecilla se abrió sin ruido. Tras de ella había una pequeña cabina repleta de complicados aparatos de navegación aérea. Allí estaba el radioteléfono. Nina cogió el variómetro con emoción. La longitud de onda de la estación receptora-transmisora de radio del instituto... Bien. ¿Pero por qué no reacciona el aparato?

Nina se inclinó con inquietud hacia el aparato y de pronto oyó la voz burlona de Lávrov:

-No trabaje en balde. Nada puede hacer. Esta estación de radio tiene secreto...

Lo que desde lejos Nina había tomado por un puente resultó ser el aeródromo construido entre dos contrafuertes de montañas...

La pista estaba provista de frenaje electromagnético y superficie de aterrizaje móvil. Ésta podía moverse de tal manera que los aviones con grandes velocidades de aterrizaje podían incluso hacerlo en el pequeño aeródromo.

Un transportador arrastró el avión de Lávrov hasta el límite del aeródromo. Lávrov y Nina, con las maletas que contenían el instrumental médico, entraron en la cabina del ascensor. Empezó una nueva excursión. El ascensor les bajó de la montaña. Salieron a una pequeña plazoleta, subieron a un electromóvil y rodaron por una carretera cortada en el granito a orillas del mar. Allí entraron de nuevo en la cabina de otro, el último ascensor. Este viaje duró tan sólo seis minutos. Lávrov y Nina salieron. Ante ellos había una pequeña estación. «Y esto bajo el agua, bajo los hielos eternos en movimiento», pensó Nina, y dijo, dirigiéndose a Lávrov:

-Sin embargo, está bien escondido este su Glébov. Es difícil de encontrar.

-Lo hallaremos -respondió Lávrov-. Ya casi hemos llegado. Entre al ascensor, Nina, vamos a sumergirnos al abismo del océano Polar.

Nina penetró en la cabina y en la pared de la misma vio el plano del laboratorio submarino. Era un enorme edificio, redondo que se elevaba desde las profundidades del océano, y su cúspide quedaba por debajo de la parte inferior de los campos de hielo. Se encontraba en un escarpado de una meseta submarina. Desde su base salía un túnel que se sumergía a más profundidad. Mientras descendían el ascensorista tuvo tiempo de explicar a Nina algunos detalles y las características del edificio. En cada piso se efectúan investigaciones de las correspondientes capas de agua, biológicas, físicas y químicas. Existen unas cámaras especiales en cada piso para la obtención de pruebas del agua. Las paredes están construidas con aleaciones especiales anticorrosivas. Veinte submarinos efectúan continuos estudios de la región polar central.

A la pregunta de Lávrov sobre Glébov el ascensorista respondió:

-Dimitri Ivánovich se encuentra en el hospital. Esto es en el segundo piso.

En la antecámara de la sala de operaciones Lávrov pidió batas esterilizadas para sí y para Nina, se cambiaron de ropa y empezaron a lavarse las manos. En este momento. entró un joven médico, saludó al profesor y exclamó con tristeza:

-Ha ocurrido una desgracia, profesor... Glébov...

-¿Qué ha sucedido con Dimitri? -exclamó Lávrov.

-¡Ay...! Dimitri Ivánovich acaba de morir de un shock durante la operación.

Lávrov se lamentó de lo sucedido, pero ante el asombro de Nina continuó lavándose las manos con gran prisa e incluso con fiereza. «Puede -pensó ella-, que haga esto inconscientemente.»

-¡Rápido, Nina, termine pronto de lavarse las manos! -ordenó.

«Por lo visto la muerte de Glébov ha oscurecido aún más su juicio», pensó Nina, pero no le contradijo.

A pesar de las prisas Lávrov se puso aún junto con Nina bajo la lluvia de energía irradiada para esterilizar por completo la superficie de sus cuerpos, y sólo después de esto entraron en la sala de operaciones. Glébov estaba aún en la mesa operatoria. El cirujano, ya entrado en años, estaba de pie cerca de la mesa. La enfermera recogía los instrumentos.

-Traiga aquí los instrumentos -exigió Lávrov en tono autoritario, y se dirigió al cirujano-: Ayude a terminar la operación.

El cirujano miró a Lávrov con gesto de incomprensión y dijo:

-Pero si ha muerto, profesor.

-Lo sé. Nina, tome del cajoncito de plata la jeringa y dos ampollas.

Y Lávrov empezó a operar al muerto con extraordinaria rapidez y destreza. El cirujano estaba tan perplejo que estuvo algunos segundos sin saber qué hacer, pero luego, sometiéndose a la autoridad del profesor, aún sin comprender el objetivo de la operación a un muerto, se puso a ayudarle. Glébov tenía un caso grave de hernia estrangulada. En dos minutos Lávrov terminó la operación empezada por el otro dejando admirados a Nina y al cirujano por su técnica depurada, ingenio y rapidez. Faltaba sólo poner los puntos. Dejando al cirujano que lo hiciera, Lávrov dijo:

-Nina, ahora déme rápido la jeringa y las ampollas. -Rompió el casco de las ampollas con presteza, llenó la jeringa con el líquido y la inyectó al corazón del muerto. A los pocos segundos Glébov empezó a dar señales de vida. Apareció un débil pulso. El color de su rostro cambiaba poco a poco. Empezó a respirar. Abrió los ojos y después de algún tiempo preguntó:

-¿Han podido cerrar la cámara?

Por la tarde los dos amigos, Lávrov y Glébov conversaban amistosamente.

-Comprendes, Vánia -explicaba Glébov-, aquí en las paredes tenemos cámaras con ayuda de las cuales nosotros tomamos pruebas del agua. Yo necesitaba tomar una prueba del piso inferior. Fuera, la presión del agua es enorme, cuando la puertecilla de la cámara se abrió y el agua empezó a llenar el depósito, me di cuenta de que los cerrojos. mecánicos no funcionaban. Intenté elevar la puertecilla con las manos para cerrar la abertura, ¡pero qué va! Hice un esfuerzo con todo el cuerpo y aquí me atrapó. Apenas tuve tiempo de dar la señal. Y el agua manaba y manaba. Ya llenaba la estancia en que me encontraba. Así hubiera podido llenar todos los pisos. Cada piso tiene horizontalmente tabiques impermeables de seguridad. Pensé en cerrarlos, así moriría yo solo y a los otros el agua no les dañaría. Tiré del cerrojo y tampoco actuaba. Cuando llegaron para ayudarme ya casi había perdido el conocimiento por el dolor y el agua me llegaba al cuello.

Luego Glébov relató sobre los trabajos que se llevaba a cabo para el deshielo de los glaciares de Groenlandia y cómo sin esperar a la terminación de estos trabajos los soviéticos habían penetrado por debajo de los hielos hasta la entrañas de Groenlandia en busca de minerales.

-Comprendes -empezó apasionadamente a hablar sobre un nuevo tema-, se está elaborando un proyecto para la utilización de la energía del movimiento de los hielos árticos, de su movimiento durante la deriva. ¿Qué te parece?

Glébov se rió con una carcajada de satisfacción y Lávrov le pidió que no riera.

-¡Se separarán los puntos!

-¡Qué va! Olvidémonos de ellos. ¡Comprendes la fuerza que esto representa!

Notando que Glébov se estaba cansando, Lávrov dio un giro a la conversación hacia un tema más ligero. Empezaron a recordar su juventud.

-¿Recuerdas cómo ganábamos las carreras con nuestros «scooters»?

-¿Y nuestro trineo a vela? Creo recordar que lo llamábamos «Avión».

-¡Y nuestro teatro escolar! ¿Recuerdas cuando tú hacías el papel de *Hamlet*? Y cuando a nuestra *Ofelia*, Cenia Sílájovoy, le sucedió aquel pequeño pero divertido percance con el vestido.

-¡Claro que lo recuerdo!

-¿Y no has olvidado el verano que pasamos en casa de mis padres en Trópin? Recuerdo que durante una excursión descubrimos un yacimiento de carbón mineral -dijo Glébov.

-Sí, y cuántos cangrejos pescamos. ¡Allí sí que había! A tu padre le gustaban mucho. A propósito, ¿vive aún?

-Vive. ¿Qué quieres que haga? -respondió Glébov-. Es un vejete aún animoso. Además que no es muy viejo, sólo tiene ciento dos años. Mi abuelo aún vive.

-¿De verdad? -se admiró Lávrov-. Tendrá ya muchos años.

-Sí, el abuelo es de edad avanzada. Ciento treinta y nueve años. Trabaja en apicultura. Lee sin necesidad de lentes. Escribe libros, unas memorias con extraños títulos «Lo que nos falta». Se queja únicamente de que la memoria la falla.

-¿Se cansa? ¿Y se le ha debilitado la memoria? -preguntó Lávrov con interés creciente-. ¡Esto se puede arreglar! Tengo el aparato conmigo. Ciento treinta y nueve años... Tengo que verle obligatoriamente. Si quieres; y a tí; también te puedo refrescar el cerebro.

-No hace falta, Vánia, gracias; mi cerebro está fresco todavía.

-Pero a pesar de todo, Mítia.

-Si mi memoria es estupenda, Vánia. Si quisiera podría escribir mis memorias ahora mismo. Y mi viejo tampoco querrá. Él aún no se considera viejo. Tiene un amigo, Mahomet Zakírov que tiene ciento sesenta y nueve años..

-¿Ciento sesenta y nueve? -repitió Lávrov con apasionamiento incomprensible para Glébov.

-Sí.

-Bien, como quieras. Ahora descansa, Mítia -musitó el profesor y salió de la habitación.

En el corredor Lávrov se encontró con Nina. Aprovechando la conversación de Lávrov con Glébov, ella pudo por fin transmitir al instituto noticias sobre sí y Lávrov. Sugúbov prometió salir en seguida hacia la isla Polar y llevarse a Lávrov. Pero su alegre sonrisa se esfumó en sus labios cuando Lávrov le comunicó con voz entrecortada por la emoción:

-Nos vamos ahora mismo.

Los habitantes de la isla despidieron calurosamente a Lávrov y a Nina. A los veinte minutos de vuelo la zona de hielos polares desapareció. ¿Pero por que sin embargo el avión de Lávrov vuela hacia el sudeste? ¿O es que se ha equivocado al dar la ruta al piloto automático?

-¿No nos hemos equivocado de ruta, Iván Alexándrovich?

-No, todo está en orden. Volamos por la ruta correcta, hacia donde hace falta. Quiero visitar una persona interesante. Vive... en el Pamir. No se enoje, Nina, esto le quitará sólo un día más. Además, parece que usted no tiene en casa niños que la lloren. El vuelo debe ser interesante -la consoló con una ligera sonrisa irónica-.

¡Volamos al encuentro de la primavera!

Efectivamente, con el rápido vuelo hacia el sur el tiempo parecía que corría más aprisa. Hacía muy poco que habían dejado el manto de hielo que lo cubría todo. Aparecían, en este manto, cada vez más a menudo, oscuras manchas de agua. Luego toda la tierra se volvió de color negro con manchas blancas de restos de nieve en las cercanías de los bosques, en los valles y en las laderas de la parte norte de las colinas. Muy pronto desaparecieron también estas manchas blancas. Debajo se extendía la tierra negra hasta donde alcanzaba la vista, y el verde empezaba a parecer en algunos sitios; poco a poco estas manchas verdes se hicieron más espesas, y ya pronto todo reverdeció, floreció, los pastos, campos y bosques. Jóvenes bosquecillos se extendían desde este a oeste en anchas bandas y en algunos lugares de norte a sur. Ellas rodeaban como las verdes paredes la superficie cristalina de los lagos, y se prolongaban a lo largo de las orillas de los plateados ríos.

Más allá el vuelo continuó por encima de crestas escarpadas de montañas. Nina se durmió y despertó cuando ya descendían sobre el aeródromo de la ciudad Solar...

El piloto automático giró el avión hacia el aeródromo. Sugúbov miró hacia abajo y vio la ciudad Solar inundada por la luz eléctrica. Entre enormes espejos redondos y grandes esferas negras -recolectores de rayos solares- se veían casas de planos tejados plateados para reflejar las irradiaciones solares, rodeadas de jardines, álamos piramidales, cipreses y viñedos. La presencia de cipreses y vides en la meseta no asombró a Sugúbov, él ya había tenido ocasión de ver milagros de climatización y transformación de plantas.

Un ligero golpe casi imperceptible y el avión ya había plomado contacto con la lisa superficie de la pista. Sugúbov consultó su reloj.

-Las veintidós horas y quince minutos -musitó-. No creo que Zakírov se acueste tan temprano. Es posible que Lávrov y Nikítina estén aún allí, si la conjetura de Glébov resulta acertada...

Se acercó un pequeño helioelectromóvil.

-¿Al hotel? -preguntó el chofer.

-Si es posible, a casa del camarada Zakírov. Vive en...

-Entre, por favor. Ya sé donde vive -interrumpió a Sugúbov el chofer.

El coche recorrió silencioso, como una sombra, el enorme aeródromo, dejó a un lado una serie de edificios del aeropuerto y empezó a subir por una magnífica carretera de montaña bien iluminada a ambos lados de la cual crecían albaricoques, melocotones y rosales. En las montañas, en los lugares abiertos se veían casas rodeadas de jardines y extrañas construcciones sobre altas torres en forma de rombos.

-Son instalaciones de gran potencia para el aprovechamiento de la energía del viento -dijo el chofer-. Es una combinación de muchas hélices como aspas montadas en un chasis que gira en la dirección del viento.

La carretera dio una vuelta y Sugúbov vio abajo unos prados de montaña que en algunos lugares parecían praderas cubiertas de nieve acabada de caer. Innumerables rebaños de ovejas de fina lana descansaban en el frescor de la noche. Y más abajo, desde las montañas hasta el horizonte, se extendía una vasta superficie de tierras cubiertas de compactos cultivos, campos de algodón, viñedos y árboles frutales. Brillaban los cauces enderezados de los ríos, nuevos lagos y puertos fluviales.

Al doblar otra curva Sugúbov vio una especie de nido empotrado en las peñas.

Una casa con una terraza cubierta por una parra suntuosa. Una escalera de piedra conducía a la casa. No muy lejos de ella había un ascensor. Las ventanas y la terraza se hallaban vivamente iluminadas.

El chofer paró cerca del ascensor.

-La casa de Mahomet Zakírov -indicó el chofer.

La puerta de entrada a la casa estaba abierta. En el umbral había un muchacho de piel tostada por el sol. Su cabeza de negros rizos estaba semicubierta por un bonete oriental. Llevaba una camisa, pantalones cortos y sandalias. El bonete y toda la vestimenta del muchacho parecían confeccionados de telaraña de plata.

El muchacho miraba hacia arriba y gritaba:

-¡Avís! ¡Avís! -Atareado con esta extraña ocupación no advirtió la presencia de Sugúbov.

De pronto, desde algún lugar, cayó como una piedra un balcón y se puso en el hombro del muchacho. ¿En el mismo instante se oyó una voz de mujer:

-¡Leonid!

De la casa salió una mujer joven con un largo vestido blanco. Llevaba sus negras trenzas atadas con hilos de perlas, y su rostro era de admirable belleza.

-¡Voy! -gritó el muchacho.

Salió corriendo hacia la casa con el halcón en el hombro, mientras la mujer que había visto a Sugúbov se quedó esperando.

-¿Podría ver a Mahomet Zakírov? -preguntó Sugúbov-. ¿No duerme aún?

-No, no duerme -respondió la mujer con voz melodiosa-. Pero tendrá que esperar. Le está examinando un profesor de Leningrado.

-¿Un profesor de Leningrado? -exclamó Sugúbov-. Precisamente es a él a quien busco. Le ruego que inmediatamente me lleve a él. El asunto es urgente. Soy el profesor Sugúbov, amigo de Lávrov.

-Pase, por favor -respondió la mujer tranquila y con la misma voz.

Sugúbov la siguió. Entraron a una habitación con techo abovedado, ventanas estrechas y nichos. Todo el espacio libre cerca de las paredes estaba lleno de libros y mapas geográficos del Pamir. Directamente ante la puerta de entrada estaba sentado en un sillón de alto respaldo un seco viejete cubierto por una bata de Bujará y un bonete en su cabeza completamente calva. Su rostro afeitado de agudas líneas seniles recordaba la máscara de Voltaire. Sus ojos hundidos pero vivos aún expresaban perplejidad, en sus labios se esfumaba una sonrisa. El viejo giraba la cabeza a derecha e izquierda. Tras el sillón, en tierra, había el aparato de Lávrov para la electrización del cerebro. Cerca de Zakírov se encontraba el enfurecido Lávrov, y al otro lado del sillón palidecía Nina.

-¡Esto de nuevo es obra suya! -casi chillaba Lávrov dirigiéndose a Nina-. Yo la tomé de ayudante, no para que me estorbara en mi trabajo.

Nina, al ver en la puerta a la joven y a Sugúbov, dió un grito y se adelantó hacia ellos como buscando protección. Su rostro en seguida tomó color. Rápida, musitó al oído de Sugúbov:

-He roto el aparato para que Lávrov no pudiera efectuar el experimento.

-Y ha hecho bien -exclamó Sugúbov en voz alta.

Y se adelantó decidido hacia Lávrov que miraba con hostilidad al recién llegado.

-Camarada Zakírov... -Sugúbov se inclinó hacia el viejecito-. Perdone que lo hayamos molestado...

-¡Por favor! ¡No es ninguna molestia, no es nada! -Él viejo empezó a saludar con

la cabeza como una estatuita china y todo su rostro se abrió en una sonrisa complaciente-. Mi casa es vuestra casa...

-Tengo que arreglar un asunto urgentísimo con el profesor Lávrov.

-¡Por favor! ¡Por favor! -de nuevo asintió con la cabeza Zakírov-. ¿O sea que aplazaremos la cura por hoy? -preguntó y, dirigiéndose a Sugúbov continuó-: Algo sucede en mi memoria. ¿He comido hoy o no he comido?

La luna llena iluminaba los glaciares. Abajo ardía con todas sus luces la ciudad Solar. Desde el parque de la ciudad llegaban sonidos musicales.

-¡No, no y no! -se agitaba Lávrov-. Son estupideces y tonterías. Yo estoy completamente sano...

-Pero comprenda, Ivan Alexándrovich -le persuadía Sugúbov-. Usted mismo es médico... .

-¡Sí, sí, ya lo comprendo! ¡Yo lo comprendo todo! -exclamó Lávrov-. Le conozco a fondo. ¡Usted sencillamente me tiene envidia!

Ante estas palabras Sugúbov se enderezó, su rostro se nubló, pero al instante se contuvo y sonrió bondadoso, esto, por lo visto, enardeció aún más a Lávrov.

-Sí, sí. Usted sólo finge ser mi amigo. Al igual que su cómplice Nina, que me espía y sabotea mi trabajo. Sólo quieren que fracase mi nuevo método de cura.

Pero cuanto más se acaloraba Lávrov, cuantas más palabras ultrajantes pronunciaba, más tranquilo se mostraba Sugúbov. Sus movimientos eran parcos, moderados, incluso bajó la voz cuando se dirigió a Lávrov:

-Vuelva en sí, Iván Alexándrovich. En nuestro país y en nuestro tiempo, ¿quién puede guiarse por motivos personales tan bajos?

-El atavismo siempre es posible. En nuestro tiempo también pueden haber degenerados.

-Le perdono estas palabras -respondió Sugúbov- porque es víctima de este peligroso experimento en sí mismo y, sin ninguna clase de dudas, tiene necesidad inmediata de cura. No deseamos otra cosa que su bien, compréndalo de una vez.

-¡Hipocresía! Usted es capaz de culparme de la muerte premeditada de Surkóv. Seguramente que ya ha arreglado la correspondiente conclusión médica en compañía de los médicos de su escuela. ¡Entre nosotros todo ha terminado!

Temblando de indignación, Lávrov se levantó y se dirigió al gabinete de Zakírov.

Zakírov abrió los ojos al oír sus pasos.

-¡Adiós, camarada Zakírov! -dijo en voz alta Lávrov-. Lo siento mucho pero actualmente no puedo devolverle su memoria. Hay gente que se opone a ello. Me han estropeado el aparato a propósito.

Lávrov miró significativamente a Sugúbov y a Nina al decir esto.

Zakírov se lamentó desconcertado:

-¿Pero por qué? ¡Yo no puedo vivir sin memoria! Constantemente pregunto a los que me rodean siempre lo mismo, y les fastidio. ¿Por qué no quiere devolverme la memoria, profesor?

-Porque el aparato del profesor Lávrov es un recurso nuevo y aún peligroso -dijo Sugúbov con voz apacible.

-¡Peligroso! ¿Y qué sabe usted de esto? -exclamó Lávrov-. Ha venido a entrometerse donde nadie le llamaba y me priva de curar al camarada Zakírov... ¡Ya basta!

Lávrov salió con paso decidido a la habitación contigua, donde se encontraban los aparatos de radio y teléfono. Al instante se oyó su voz agitada:

-¡El aeródromo! ¡Con el servicio de guardia! Oiga, habla el profesor Lávrov. Preparen inmediatamente mi avión para el vuelo... ¿Por qué no es posible...? ¿Es

necesario repararlo? ¿Cuánto tiempo les llevará esto...? ¡Pero hombre, esto no puede ser! Tengo necesidad de salir inmediatamente hacia Leningrado. En este caso déme otro avión individual. ¿No? ¿Y cuándo sale el avión de pasajeros? ¿Y el tren aéreo rápido para Leningrado? ¡Las seis y diez de la mañana! ¡Esto es un escándalo! ¡Es imposible comprenderlo! ¡Ah! Esto... ¡Ya comprendo lo que esto significa...!

La voz de Lávrov calló y después de unos segundos penetró como una furia en el gabinete de Zakírov. Agitando los puños gritaba dirigiéndose a Sugúbov y Nina:

-¡Esto es cosa de ustedes! ¡Sus intrigas! ¡Un complot! ¡Personas despiadadas, sin corazón, crueles! ¡Les odio!

Parecía que iba a lanzarse contra Sugúbov que lo miraba con tranquilidad, pero de pronto vino la reacción.

-¿Qué le he hecho? -exclamó con voz llena de tristeza y desesperación-. ¿Por qué me están atormentando...? -Sin fuerzas se dejó caer en la otomana, se cubrió la cara; con las manos y empezó a balbucear como una criatura ofendida-: ¿Por qué? ¿Por qué...?

Nina corrió hacia él, se puso de rodillas en la alfombra, cogió su mano y le dijo con voz cálida y sincera:

-¡Querido Ivan Alexándrovich, tranquilícese! Esté seguro de que nosotros le queremos mucho, mucho y...

Pero él la apartó con brusquedad:

-¡Váyase! ¡Váyase! ¡No me toque! Déjenme tranquilo.

Confusa y apenada, Nina se apartó de él. La joven mujer que había presenciado la escena intentó calmarlo. Se sentó junto a Lávrov y le acarició la cabeza. Había un no sé qué apaciguante y persuasivo en sus sencillas palabras, sus gestos acariciantes y su voz melódica. Lávrov no la apartaba. Sus sollozos convulsivos se apagaron y se convirtieron en profundos suspiros que poco a poco fueron cesando.

-Así está mejor -manifestó la joven continuando acariciando la cabeza y hombro de Lávrov-. Descanse aquí con nosotros y mañana temprano se podrá ir. Y todo saldrá bien. Está cansado, le hace falta descanso. ¡Vamos, vamos!

Y le ayudó a levantarse cogiéndole por el brazo.

Cuando la joven mujer se hubo llevado a Lávrov, Sugúbov suspiró profundamente con alivio.

-Lo principal está hecho. Lávrov pasará la noche aquí. Es necesario aprovecharse de esta tregua y estudiar el plan de acción.

Mijéev dormitaba en su sillón. Cerca de él estaba sentada su hija, la constante acompañante de su vejez, y leía un libro mientras estaba atenta a la hora para darle su medicina. Una ligera brisa artificial soplaba en los rostros de padre e hija, el ruido rítmico de las olas del mar ilusorio reflejado en la pantalla actuaba como sedante. Hoy como ayer, como anteayer, como mañana, y así seguirá hasta que la última chispa de vida no se apague en su anciano padre. Ella no se quejaba de su destino, de su monótona vida. Ella no sólo amaba calurosamente y con ternura a su padre, sino que además le tenía un profundo respeto por su genio científico. Ayudarle a él era ayudar a la patria, a la humanidad. No pensaba en sus penas sino en las de él. Desde que tenía uso de razón recordaba a su padre siempre como a un viejete. Era ya un viejo de cabello cano cuando se inclinaba sobre su cuna. ¡Pero era un viejo vivaz, animoso! Todos sus grandes trabajos y descubrimientos los había realizado en vida de ella, ante sus ojos. La hija había vivido. una misma vida con su padre; sabía muy bien la marcha de

todos sus trabajos, junto con él se entristecía en sus fracasos y se alegraba en sus triunfos. Y también con su último trabajo -la tarea de obtener la energía atómica- ella se había habituado, lo había vivido profundamente convencida de que su padre resolvería con éxito este grandioso problema en el cual habían trabajado varias generaciones. Pero he aquí que había llegado la implacable vejez y todo lo que la acompañaba, la decrepitud, la debilidad, y luego la, pérdida de memoria con la extinción de las fuerzas mentales. No esperaba ella este final. ¡Con alegría habría dado su vida para que su padre pudiera llevar hasta el fin su trabajo! ¿Pero qué podía hacer ella? Las más sobresalientes, eminencias de la ciencia médica resultaban incapaces en esta lucha contra el marasmo senil.

Anna Semiónovna, en sus largas horas de vela, meditaba con tristeza sobre la inminente muerte de su padre... Sí era horroroso que los grandes hombres de la sociedad, escritores, constructores, artistas, escultores, se fueran de la vida... Sugúbov, Lávrov y muchos otros... Cuántos han venido a ver a su padre. Todos prometieron devolverle la capacidad para el trabajo, la memoria... y todo en vano. Ahora se ha presentado Alexéiev, este nuevo docente albino sin bigotes, con su gordinflona cara de muchacho. También él promete...

Silenciosamente, para no molestar a Mijéev, entró la enfermera. Inclinándose al oído de Anna Semiónovna, musitó:

-El doctor Alexéiev pregunta si puede pasar.

«Ahí está», pensó Anna Semiónovna, y suspiró mientras cerraba el libro.

-Que pase.

En seguida entró Alexéiev con una pequeña maleta en la mano.

-Buenos días, Anna Semiónovna. ¿No les he molestado? ¿Me permite darle una inyección a Semión Gregórevich?

A Mijéev ya no le preguntaban en tales casos. Él era indiferente y apático a todo.

-Claro, sólo que procure no hacerle daño.

-No se preocupe, no lo va a sentir.

Alexéiev, con ayuda del médico de servicio, se ocupó de la preparación, mientras Anna Semiónovna intentaba despertar a su padre.

-No es necesario -exclamó Alexéiev-. Déjelo que duerma. Así será mejor.

El médico de cabecera subió la manga de la blusa de; Mijéev, Alexéiev desinfectó y anestesió el codo y rápido y hábil hundió la aguja en la vena. Miró atentamente el rostro de Mijéev, que por lo visto no notó tan siquiera la operación que estaban efectuándole. Sus facciones no se inmutaron. Por indicación de Alexéiev el médico de cabecera ya preparaba otra jeringa con otro líquido, mientras él sin dejar de observar el rostro de Mijéev, sacó de la maleta y aplicó al corazón de Mijéev una pequeña caja redonda. En el gabinete empezaron a oírse claramente los latidos del corazón acompañados de ruidos.

La frecuencia de los latidos aumentaba, y de pronto empezó a fallar. El rostro de Alexéiev expresaba una gran atención y, según le pareció a Anna, también agitación.

Anna Semiónovna se inquietó. «No debemos fiarnos de este joven imberbe -pensó mirando con hostilidad a Alexéiev-. Quién sabe, aún lo puede matar...»

-¡La jeringa! -ordenó Alexéiev y efectuó otra inyección en la región del corazón del enfermo. A los pocos segundos cesaron los fallos, los latidos se hicieron acompasados y lentos. Alexéiev suspiró con alivio y sonrió con alegría.

-Todo en orden, Anna Semiónovna -exclamó él en voz baja mientras recogía los instrumentos.

-Pero yo no veo ningún cambio -respondió escéptica la mujer.

Alexéiev no respondió, se limitó a sonreír más abiertamente.

De pronto, ante sus ojos, sucedió el milagro. La máscara sin vida del rostro de Mijéev empezó a animarse. La expresión torpe cambió en consciente. Los fláccidos músculos se tensaron. Ella empezó a reconocer los rasgos queridos, rasgos que ya hacía tiempo habían sido desfigurados por la decrepitud. Mijéev había despertado y la miraba. Angustiada por la alegre sorpresa, ella vio en los ojos de su padre ideas claras, un completo conocimiento. Él sonrió, lo cual no hacía en los últimos años, y con su voz fuerte de antes dijo animoso:

-¡Qué bien me siento, Anuchka!

Anna Semiónovna buscaba conmovida a Alexéiev, pero el joven había salido de la habitación desapercibidamente.

El instituto en pleno se llenó de júbilo, y junto con todo el país que veneraba el genio del gran científico..

Cuando la muchacha se llevó a Lávrov, Sugúbov y Nina salieron de nuevo a la terraza.

-Si a nosotros nos trajeran un herido que hubiera perdido el conocimiento y la situación del mismo exigiera una operación urgente, no esperaríamos que volviera en sí, sino que efectuaríamos la intervención inmediatamente -comenzó Sugúbov como si reflexionara.

-Por supuesto -asintió Nina.

-¿Está usted de acuerdo? -Sugúbov estrechó la mano. de Nina-. Pienso utilizar el electronarcosis. Los buenos resultados de este método han sido comprobados en Gólubev y Kudriávtsev.

-¿Será oportuno utilizar este procedimiento aquí? -preguntó Nina.

-Completamente -respondió Sugúbov-. Aún en Leningrado antes de partir planeé esta cura cuando salí en busca de Lávrov, y tomé todo lo necesario.

-El mismo Lávrov se manifestó por la electronarcosis; -confirmó Nina-. ¿Pero cómo vamos a realizarlo?

-Después de la gran excitación en que se encontraba Iván Alexándrovich, debe venir la reacción. Luchar contra ella con una nueva electrización él no puede ya que el aparato está roto. Y yo creo que se dormirá profundamente. Durante este sueño nosotros pondremos en acción nuestro aparato y el sueño natural de Lávrov para él pasará imperceptiblemente a ser un sueño eléctrico.

Nina, de nuevo, expresó su aprobación con un movimiento de cabeza.

-Tenga en cuenta -recordó Sugúbov-, que sumergir a una persona en electronarcosis durante una hora, dos o incluso durante ocho horas no es difícil. Pero en el caso presente es necesario someter a nuestro paciente en un sueño de diez a doce días. Todo este tiempo será necesario mantenerlo con alimentación artificial, observar la regularidad de las funciones de su organismo, del trabajo del corazón, pues con la alimentación artificial el organismo, y por consiguiente el trabajo del corazón se debilita...

A las dos horas la mujer joven volvió con la noticia esperada:

-Se ha dormido.

Sugúbov esperó unos minutos más. Entró junto con Nina, procurando pisar en las alfombras para no hacer ruido. Parecía que Lávrov no oía nada, pero de pronto lanzó un gemido y abrió los ojos. Sugúbov y Nina no tuvieron tiempo de esconderse y él, rápido, se levantó gritando:

-¿Quieren sorprenderme mientras duermo?

Lávrov lanzó una feroz carcajada, descolgó de la pared un yatagán y lo lanzó contra Sugúbov. Hirió el brazo del profesor y éste se tambaleó. Su blanca manga

se tino de rojo.

Lávrov fijó su mirada en la mancha de sangre y se cogió inmediatamente la cabeza:

-¿Qué es lo que he hecho? ¡Le he herido! Súbase rápido te manga. ¡Enséñeme la herida! Se la vendaré.

Al ver la sangre se olvidó de todo menos de que él era médico cirujano.

Aprovechando que Lávrov se preocupaba tan sólo de la herida, Sugúbov entregó disimuladamente a Nina la cajita del aparato para la electronarcosis, evitando de que Lávrov al verlo se excitara de nuevo. Nina lo escondió tras la cortina de la ventana.

-Una batagatela -tranquilizaba Sugúbov a Lávrov-. Un pequeño corte de la piel y algunos músculos. Lo lavaremos con antivirus, Nina me vendará y todo arreglado.

-No, no -exclamó Lávrov sofocado-. Los bordes de la herida hay que coserlos y Nina no sabrá hacerlo. Nina, ¿está aquí? Prepare inmediatamente los instrumentos necesarios.

Para distraer a Lávrov, Sugúbov no se opuso. Y Lávrov después de desinfectarse las manos suturó hábilmente la herida. Cuando el trabajo estuvo terminado Sugúbov dijo:

-Muchas gracias, Iván Alexándrovich. Y perdónenos este pequeño accidente nosotros somos los únicos culpables. Únicamente queríamos ver si dormía bien…

Dijo esto y al instante se dio cuenta de su equivocación. No debía haber salido de su papel de paciente e influenció a Lávrov hacia otros pensamientos. Lávrov, de nuevo, frunció el ceño y miro con animosidad a Sugúbov.

-Buenas noches, Iván Alexándrovich. No le molestaremos más -se apresuró a expresar Sugúbov temiendo una nueva explosión de ira, y rápidos salieron con Nina de la habitación. En el corredor encontraron a la joven dueña.

-Déjenme probar a mí -musitó la mujer.

-¿Qué?

-Preparar al enfermo para la cura.

Entró a la habitación donde estaba Lávrov llevando en la mano una antigua copa de plata.

-Perdone que haya entrado -dijo ella-. He oído sus pasos. ¿No puede dormir? Tenemos una antigua costumbre: si el huésped no logra conciliar el sueño, se le trae una copa de vino. Del vino maravilloso de nuestro maravilloso país. Le ruego se lo tome… -Y le tendió la copa.

En los ojos de Lávrov ardió la llama de la desconfianza:

-Nosotros tenemos otra antigua costumbre -musitó entre dientes-. La dueña que sirve vino al huésped, debe probarlo ella antes. -Y miró penetrante a los ojos de la joven mujer. Ella, sonriendo y con naturalidad, tomó un sorbo y extendió luego el brazo con la copa hacia Lávrov. A los pocos minutos él se había dormido profundamente Sugúbov y Nina entraron tranquilamente en la habitación y sin dificultad sumergieron a Lávrov en profunda electronarcosis.

Para Sugúbov y Nina empezaron días difíciles. Las palabras de Sugúbov «cuando duerme el paciente no duermen los médicos», se justificaron plenamente. Todas las noches las pasaron junto al durmiente. Sólo algunas veces durante el día Sugúbov se permitió dormitar algunas horas con los auriculares puestos, pero incluso en estos momentos seguía atento al trabajo del corazón de Lávrov. Al más leve fallo se despertaba, lo mismo que un experto mecánico oye incluso en sueños el trabajo del motor y se despierta a la más mínima perturbación del

ritmo. La herida en su brazo se curaba normalmente. Gracias a novísimos medios anestésicos Sugúbov no sentía dolores, aunque la herida le molestaba para trabajar.

La esposa de Lávrov, Bárbara Nikoláievna cada día se informaba por radio sobre el estado de su marido, quería venir a visitarle con su hija, pero Sugúbov les había disuadido.

-En el trabajo y en casa son ustedes más necesarias que aquí -dijo él-. Iván Alexándrovich está bien asistido, y de su salud yo respondo.

El tratamiento con la electronarcosis seguía su curso normal, aunque Lávrov perdía peso y la actividad cardíaca se había debilitado un poco. Sugúbov había adelgazado más. Su rostro había perdidos los colores y las facciones se le habían estirado. Le dolían los ojos que habían enrojecido debido a las noches pasadas en vela. Nina le pedía que descansara y no se agotara tanto. En la ciudad Solar había médicos experimentados. ¿Es que no podían relevarle aunque fuera por una sola noche? Pero Sugúbov no quería oír hablar de esto.

-A pesar de todo nuestro saber, de la perfección de nuestros aparatos de registro y de los cuidados ideales, no tenemos ninguna garantía de que no puedan surgir complicaciones imprevistas. El organismo humano no nos ha descubierto aún todos sus secretos. Yo no puedo arriesgar lo más mínimo y me quedaré en mi puesto -había declarado.

En el octavo día, sin embargo, tuvo un vahído y por poco no se desplomó.

Al reponerse, frunciendo el ceño manifestó:

-No me gusta recurrir a la cocina latina, sin embargo algunas veces no se puede pasar sin ella.

Y empezó a tomar medicamentos y a sostener artificialmente la actividad del sistema nervioso y cerebral.

Nina sabía que siendo un profundo admirador de la ortobiosis -de la vida natural correcta- esto significaba en él un enorme compromiso que rayaba en un sacrificio enorme.

Por fin llegó el día tan esperado en el que Sugúbov llamó a Nina y le dijo:

-Creo que ha llegado la hora de despertarlo.

La corriente fue desconectada y retirados los aparatos.

Nina miraba con ansiedad y cierto temor el rostro pálido de Lávrov.

Muy pronto movió una mano, suspiró profundamente, abrió los ojos y exclamó:

-¡Qué dulce ha sido mi sueño! -y sus bigotes se menearon en bondadosa sonrisa. Hacía tiempo que Nina no veía en el rostro del profesor esta sonrisa. El laboratorio se la había llevado, sin embargo ahora había vuelto esta sonrisa que le caracterizaba. Era un buen síntoma.

Lávrov se sentó en la cama y sin ninguna clase de enemistad miró a Sugúbov y a Nina.

-Creo que ayer hice algunas tonterías. Y en general en los últimos tiempos... -Sonrió débilmente.

-No hablemos de esto, Iván Alexándrovich -replicó precipitadamente Sugúbov-. Mejor será que se tome este excelente caldo.

Nina dio a Lávrov la taza que tenía preparada.

-Gracias... Por lo visto he estado un poco enfermo. Sin embargo, ya todo ha pasado y tengo un apetito atroz.

Con placer se bebió el caldo.

-Bueno, y ahora cuénteme Leontiy Samóylovich, ¿por qué me está cuidando tanto?

Sugúbov, seguro de que Lávrov había retornado a su estado normal, le contó

todo sin excluir la electronarcosis.

Lávrov guardaba memoria de todos los acontecimientos sucedidos empezando desde el momento en que por primera vez sometió su cerebro a la electrización en el laboratorio «W», hasta la copa de vino que había tomado de la mano de la dueña de esta casa. Pero ahora veía de manera diferente los acontecimientos vividos.

Escuchando a Sugúbov, Lávrov asentía con la cabeza y, finalmente, le extendió la mano.

-Gracias, querido amigo. Usted ha hecho lo que yo mismo hubiera hecho si entre usted y yo hubieran cambiado los papeles. Gracias; y a usted, Nina. -Y amigablemente les estrechó la mano-. Ahora rápido a Leningrado.

-¡Iván Alexándrovich! Volemos juntos en mi subestratoplano. En él cabemos todos -propuso Sugúbov, no quería separarse de Lávrov en el camino.

-¿Y mi avión? -preguntó Lávrov.

-Nada más fácil de arreglar -respondió Sugúbov-. El mecánico de guardia del aeródromo dará al piloto automático la orden de volar a Leningrado, y su electroplano volará perfectamente hasta allí.

Lávrov asintió. Estaba de humor excelente. Despidiéndose calurosamente de los dueños de la casa, Sugúbov, Lávrov y Nina volaron hacia Leningrado. En el camino los «amigos-rivales» se enfrascaron como siempre en discusiones científicas, pero en ésta Lávrov no se acaloraba y hablaba con dominio de sí mismo. No quedaba ya ninguna duda de que la electronarcosis había atornillado bien los debilitados «frenos» de Lávrov. Desde el mismo avión Iván Alexándrovich habló con su mujer.

-No me riñas, viejecita -dijo con dulzura al ver en el televisor los rasgos conocidos-. El hijo pródigo regresa a casa. Dentro de una hora estaré contigo, pero antes tengo que pasar por el instituto.

El rostro de Bárbara Nikoláievna expresaba una gran alegría.

-¡Qué feliz soy al poder verte tal como eras siempre! Regresa pronto, pondré el samovar y tomaremos té.

-Con confitura de fresas -añadió bromeando Iván Alexándrovich.

Lávrov entró en el laboratorio «W» junto con Sugúbov y Nina.

-He aquí el maldito laboratorio -dijo él-. Cuántas desgracias ha provocado. ¿Qué les parece si lo cerráramos?

-Mañana mismo lo abriría usted de nuevo -respondió Sugúbov sonriendo-. Sabe, yo no soy partidario de su método, pero creo que en las hábiles manos del prudente profesor Lávrov se hallará para el excelente utilización. Los caminos de la ciencia son múltiples y diversos. Y yo seré el primero en aplaudir sus éxitos y progresos.

-Sí, y sin embargo -dijo con un poco de tristeza Lávrov-, ha sido un fracaso la electrización del cerebro, aún antes no tuvieron éxito los experimentos de regeneración Esto parece la bancarrota de mi escuela.

-¡Quia, usted no ha dicho aún su última palabra, Iván Alexándrovich! Además que estos fracasos de los que usted habla son relativos. Poco antes de que despertara recibió noticias de que su trabajo sobre regeneración de tejido no había sido en vano. Usted fracasó sólo porque tuvo una pequeña equivocación. Esto ha sido corregido por Stártzey, Gorbóv y Alexéiev. Los seres humanos no tendrán necesidad de utilizar más prótesis. Será posible hacerles crecer las extremidades perdidas. Sin usted, es posible que esto avance no hubiera podido lograrse hasta dentro de unos diez años.

-¿Por qué no me comunicó esto antes? -exclamó Lávrov con alegría.

En su rostro no había ni sombra de disgusto por hecho de que esto lo hubieran solucionado otros. Lo principal era de que estaba resuelto el problema y no habría más inválidos.

-No se lo dije debido a que no tenía la seguridad de que se lo tomaría como debe un médico de nuestro tiempo.

-¿No estaba seguro de esto? -preguntó Lávrov con perplejidad-. Es que yo en toda mi carrera no he demostrado...

-¡No, no es exactamente esto, Iván Alexándrovich! -le interrumpió Sugúbov-. Puede que no me haya expresado con exactitud. Yo no estaba completamente seguro de que en el trabajo de su cerebro no quedasen aún restos de desequilibrio, de que la más leve revelación de disgusto personal que aún puede hormiguear en lo más recóndito de su intelecto, sería frenada en su mismo origen. Y ya que tan bien ha recibido esta noticia, entonces le comunicaré también otra no menos importante: el problema del restablecimiento de las fuerzas mentales y la memoria está también resuelto. Mijéev ha vuelto a su trabajo y está llevando a buen término con éxito la obra de su vida. ¡Todos los Mijéev y otros reciben desde ahora un complemento de vida de valor completo...!

Lávrov no preguntó siquiera quién había logrado esto, su rostro expresaba una inmensa alegría. Sus ojos incluso se habían humedecido.

-¡Éste es el día más feliz de mi vida! -exclamó.

La noticia del restablecimiento y retorno de Lávrov se ha extendido por el instituto. Sus colaboradores desde los viejos de cabello gris hasta los jóvenes aspirantes entraban sonrientes en el laboratorio «W».

FIN